

etc. Y si a esto agregamos que ese contenido místico, escrito no por ingenuos, sino por geniales anónimos, fué de intento desarticulado y sus partes traslocadas para dejarlo tan parecido a las historias de la Sultana Jerezarda de las "Mil y una noches", y que sus traductores finalmente mixtificaron al pretender por la fuerza ajustarlo a su propio credo, resulta que el conocimiento que aquél pueda darnos referente al origen y a otras muchas cosas de los indígenas de Guatemala habrá de ser necesariamente apartado de la verdad. Mas nosotros, que sabemos por tradición y práctica algo más de lo que han traducido los profanos, haremos ahora luz en la oscuridad de este MS cuya unidad, como hemos dicho, fué de intento rota para hacerla incomprensible a los profanos, en una operación semejante a la de desarmar un reloj y construir con sus piezas diferentes figuras que se pretenden aisladas unas de otras, y en lo cual habremos de insistir desde nuestra posición actual y dar a César lo que es de César.

Yo me atreví a decirle:

—Sin embargo, tal deficiencia en la interpretación de ese libro sagrado no ha sido obstáculo para que muchos ladinos se sientan orgullosos de él, como he creído entender.

—Es probable —contestó—; y sepa usted que a veces también usaban ellas los trajes de nuestras mujeres, sólo que sin pasar de ahí, al modo de los Estados sureños de Norteamérica, donde los blancos podían oír cantar un coro de negros y aplaudirlos siempre que no se hospeden en el mismo hotel ni se presenten como parroquianos en el club donde antes cantaron, porque no los admiten; o a la manera de nuestros patriotas así llamados que podían enorgullecerse de su patria por el hecho de haberse descubierto alguna mina o algún pozo petrolero, como si la existencia de estos productos se debiese al esfuerzo de aquéllos, siendo que juntamente hasta se negaban a pagar los impuestos voluntariamente.

Dejó el lápiz grueso sobre la mesa, y, tomando un par de tijeras, de una hoja de papel brillante fué sacando con mano diestra admirables figuras que daban aire festivo a su escritorio, como ellos mismos se lo daban a toda la

terrazza, adquiriendo forma y vida en sus manos quetzales en vuelo, serpientes amenazantes, caballos galopando, y hasta águilas como las de su turbante, todo con una prontitud pasmosa, al par que de su boca fluían palabras que parecían condensarse en el espacio y caer en copos, sin saber qué admirar más, si los copos o los quetzales. El venía diciendo:

—Por el estudio de este M. S., pero usando de razonamiento analógico o mente mística, y ayudado además del conocimiento verdadero de nuestra íntima idiosincrasia (porque a nuestro pueblo es inútil intentar conocerlo, es decir, comprenderlo caminando hacia dentro desde las costas del mar, o desde la frontera sureña. A nuestro pueblo podrá conocerse sólo viniendo del norte, desde el corazón de Yucatán, y más al norte aún, y cruzando al fin las fronteras peteneras para demorarse en el Quiché lo más posible, lo más posible...) Con la aplicación de todo esto, pues, es que podrá conocerse la verdad misma, y no quedarse en su vecindad como ocurre con la mayoría de los conocimientos humanos, guardándose de hacer juicios a la ligera que ha sido tan de moda entre tantos comentadores antiguos y modernos, como cuando dicen, refiriéndose a nuestro origen como hombres, que puesto que el Popol Vuh da por dicho origen el maíz, puede decirse que los nativos no habían llegado aún al período inferior de la barbarie (que es el que sigue al del salvajismo) en el que se conoce ya la dureza del barro cocido; y, por consiguiente, teniendo semejanza ambas Biblias, la regional y la universal en lo tocante al Antiguo Testamento, quiere decir que en un período evolutivo la nativa es anterior a la extranjera, deducciones no del todo razonables si consideramos varios factores. En primer término, el maíz, que se daba desde el principio y en mazorcas gigantescas, vino a ser el alimento original más succulento de los pobladores y el más estimado, como después lo fué la vaca entre las tribus de Banya Ruanda, al grado de haber llegado hasta divinizarlo con el nombre de Chicomecoalt, que corresponde al Yum Kaax de los Mayas, o lo que es lo mismo, hasta tenerlo como símbolo de vida, o de espíritu viviente, máxime que el solo se repro-

ducía. En tales condiciones, ya no era un cuerpo ordinario, sino un cuerpo con alma; y de esto a hacerle materia prima de que Dios se sirvió para formar al hombre no hay más que un pasito, y un pasito económico, puesto que dicha base llevaba en sí ambas naturalezas: material y espiritual, pudiendo despreciar al barro a sabiendas de su mayor dureza al conocimiento; y ya dijimos que, además, este maíz reunía en sí mismo los dos sexos, como se sabe ocurrió en el hombre originalmente. (En la de Moisés, ¿quién puede negar que el hombre hubiese sido hecho de la manzana si ésta como alimento no le hubiese resultado indigesta?) Por último, siendo ellos tan buenos observadores, fácil les fué descubrir mayor afinidad entre el maíz y el hombre, por ser ambos de constitución orgánica, que entre el barro y el mismo, siendo tan disímiles. Y vemos que la Ontología "nacional" se nos revela con más lógica que la otra, sin pretender desde luego menospreciar a ésta. Pero tal poder de descubrir esta afinidad nos llevaría a admitir de parte de ellos una evolución superior a la alcanzada por Moisés; y, en efecto, así era, puesto que con ello la primera está demostrando que ya su mentalidad era sensible a la influencia directriz del medio físico y las condiciones económicas, lo cual es dable verse sólo en los pueblos de cierta organización, estado éste que se llama semicivilizado, y en el que ya hay conciencia de que el progreso está en relación con la abundancia de la producción. A mayor abundamiento, hay otros hechos que casi confirman dicha posterioridad, en período evolutivo, del Génesis bíblico quiché o americano sobre el de Moisés y son, entre otros, el haber dado por mujeres a sus primeros hombres personas con nombres que significan "agua", con lo que resolvían mística y científicamente el problema de su reproducción, siendo ellos maíz; y cuando afirman que lo que conocemos con el nombre de Diluvio no fué uno sólo y universal, sino varios y parciales que se sucedieron después del período glacial, lo que está en absoluta conformidad con lo que enseña la ciencia actual.

En aquel momento fueron encendidos unos poderosos reflectores eléctricos que dejaron la terraza bañada en

tanta luz y claridad que, de haber pensado en ello, me habría preguntado cómo era que desde la calle me había pasado inadvertida. Pero ahora había algo más importante que atender, y era que mi entrevistado se disponía a continuar su discurso dejando aparte, como material agotado, el interesante tema del Popol Vuh, lo cual me fué difícil aceptar sin hacer siquiera algún esfuerzo por ver si lo evitaba; y así le rogué que me ampliara lo conducente a ese Génesis que yo también me había quedado sin comprender.

El entonces dejó las tijeras y me dijo:

—En lo que atañe a la creación del mundo, la narración quiché no se diferencia de la mosaica, pues ella también afirma que todo salió del agua, ni se aparta de la ciencia de los hombres al hablar primero del cielo y crear después la tierra con los sucesivos reinos mineral, vegetal y animal, y por último al hombre, como igualmente afirma el Chilám Balám de Chumayel (Traducción de A. M. Bolio), habiéndose realizado la del hombre en tres intentos, tres días o períodos para completar la semana de los siete días bíblicos. Confirma además el carácter eminentemente místico del Popol Vuh el hecho de hacer salir del agua y del cielo toda la Creación, pues en el agua estaba el Corazón de la Tierra, que representa la materia, y en el cielo el Corazón del Cielo, que simboliza el espíritu. Volviendo a los primeros hombres, que fueron cuatro llamados: Balám Quitzé, Balám Agab, Mahucutáh e Iqui Balám, y que fueron, para repetir literalmente, “los engendradores de la humanidad de las cuatro esquinas del “verde plato”, que es la tierra, y que los Incas llamaban Tuvantinsuyu, se multiplicaron, con la excepción de Iqui Balám que era soltero, en el sitio se llamó “el Oriente”, lugar difícil, como se subentiende, de identificar en el mapa y que corresponde al lugar que los aztecas llamaron la Isla de Aztlán, aunque sí sabemos que era próximo al sitio en que se encontraron las dos razas perdidas hace más de 20.000 años, el cual, cruzamiento, como dejamos dicho, dió origen a una nueva que para mayor claridad podríamos aquí llamar Mayán o raza de hombres prodigios, como el M. S., afirma, la que después, por la influencia del me-

dio y de otros tantos factores bien conocidos se fué segmentando en grupos más o menos grandes y separándose unos de otros tanto moral como materialmente, en la distancia como en algunos caracteres y rasgos, separación o diferencia que se pronunciaba a medida que unos sobrepujaban a otros en progreso y poderío, incluso en el terreno lingüístico, y dando lugar a subrazas más o menos bien definidas en las distintas zonas del continente, siendo las principales las Mexicanas, las Andinas o Incaicas y la rama que siguió fiel a la tradición de sus padres, siquiera temporalmente, y que es la conocida con el nombre de Maya, la que, por ley natural, fué la que dominó en la América del Centro.

Adelantándose a la posible duda que pudiera alentar, recalcó:

—En efecto, los estudios contemporáneos han demostrado que si bien esta rama de América estaba dividida en tribus y cada tribu con una lengua distinta y particular, sus características raciales eran las mismas, amén de otros muchos lazos que lo unían, y comprobado por la arqueología comparada, a los escritos y tradiciones, y la misma lingüística: que el sello Maya (Mayán) caracterizó las pirámides, tejidos y orfebrería de todo el continente, incluso el método de los nudos para las memorias históricas, que luego fué substituido por las pinturas jeroglíficas, probando que todos descendían de una raza original. Así, los indígenas que encontró Colón en el centro de América, y los descubiertos en el sur y en el norte del continente estaban relacionados con la misma rama del árbol humano cuyas costumbres y prácticas tenían mucho en común: sus días de fiesta, dioses religiosos, sus festividades astronómicas y prácticas ritualistas eran las mismas, pese a las diferencias de lengua que mencionamos; y hasta las palabras de significado místico y ciertos sonidos vocales de sus cánticos religiosos eran idénticos en todas las tres Américas, confirmando su origen común hasta en los más pequeños detalles. Más tarde —continuó— cada una de aquellas principales sub-razas sufrió a su vez y por las mismas causas, subdivisiones políticas semejantes a las anteriores, originándose de la Maya la rama Kiché o Quiché, y de

ésta los que después se llamaron Cakchiqueles, Tzutuhiles, Pocomames, etc., quedando siempre la rama principal que siguió llamándose Quiché, y más frecuentemente Maya-Quiché por la sabiduría en que abundaba, aunque actualmente, ya no existe separación y cada uno de nosotros puede considerarse vocero de toda esta casta que globalmente se ha llamado indígena.

“Mas, al decir que Maya-Quiché abundaba en sabiduría, no pretendemos hacer creer que había alcanzado ya la edad geológica del hierro (aun cuando usaba una combinación casi tan resistente como el hierro, y era una de cobre y estaño, igual que los Incas y los egipcios, y con la cual, así como de vidrio volcánico —obsidiana— hacían hasta excelentes instrumentos de cirugía); pero no era así en lo moral y espiritual, en lo cual mucho teníamos que enseñar aun a los mismos peninsulares, con todo y lo que ya habíamos degenerado en los últimos tiempos precolombinos y cuya manifestación era el estado de guerra en que vivíamos y que trajo a ruina nuestras ciudades, templos y palacios, aquellos “maravillosos palacios” que escribía a Cortés Alvarado “el del salto”, al modo como quedaron también en ruinas todos los más bellos monumentos de la Europa antigua y moderna; aunque no debe olvidarse que las mayores ruinas entre nosotros fueron hechas por los conquistadores de a caballo contra quienes pelearon igualmente nuestros antepasados pese a la inferioridad de sus armas, prefiriendo morir a vivir ignominiosamente, así como hicieron los Araucanos y los Patagones, sólo que ellos eran cazadores y nosotros simples agricultores. Y si hubo tribu que ayudó a Alvarado en la medida que los tlaxcaltecas ayudaron a Cortés, peleando al lado de los “blancos” contra sus mismos hermanos, recordemos que esta que después llamaron política de apaciguamiento se ha venido repitiendo, antes y después, en todas las latitudes, pues los Quislings no son hasta ahora, sólo que las tribus a que nos referimos eran francas y declaradas enemigas de aquellas otras y no solapadas, como ocurre con los Quislings modernos. Ya lo creo que tal excusa no alivia el grado de degeneración mencionado antes, pero si quiera prueba que este calificativo no lo merecíamos nos-

otros tanto como aquellos blancos o los ladinos de ahora que, cuando no se sirven del radio para injuriarse o agredirse verbal y mutuamente, se sirven para radiar música en caricatura, y, para colmo de absurdos, haciéndola pasar por chapina siendo extranjera, o llamándola "auténtica indígena" cuando era compuesta por ellos mismos; o bien cuando, llamándolo artístico, discutían por semanas y hasta meses desde la tribuna de la prensa un cuadro pintado irracionalmente; o cuando a esa prensa le faltaba seriedad y obligaban con frecuencia al lector a leer mamarrachos de colaboradores vacíos o vulgares, o la tenía en exceso y era trágica; o cuando la mujer y el hombre, para ser dama y caballero, era necesario que aquélla bailase la conga y fuese recatada sólo cuando tenía las piernas torcidas —y frecuentemente ni entonces—, y éste fuese descortés y ambos consumiesen whisky y trasplantasen modalidades extranjeras en un vergonzoso filoneísmo entreguista que ya los había llevado a dejarse arrebatar Belice y otras cosas. Pero ya ahora no hay razón para seguirse haciendo distingos entre naturales y ladinos, ya que habiendo sido mestizada en su mayor parte por blancos y negros y amarillos no constituimos una raza pura para seguir mereciendo el nombre de "raza indígena" que se aferran en darnos, sino que desde hace un siglo formamos en más o en menos un todo con los demás llamados ladinos, con las raras excepciones de unos dos o tres grupitos aislados en el corazón de la montaña, los que han podido mantenerse más o menos aislados —si bien cada día menos aislados— y conservar el máximo posible de su pureza primitiva. Esto quiere decir que los burócratas no nos diferenciamos, miseria aparte, más que por la práctica de ciertas costumbres en nada fundamentales, como ésta de llevar traje típico".

Saltaba a la vista que ya había renunciado a seguir con el primitivo tema del Génesis que tanto me había interesado, y en el cual volví a insistir porque hasta allí creía yo, erradamente como se verá más adelante, que nada otra cosa podía contarme de mayor interés. Y antes de que continuara, le dije:

—Perdone que le interrumpa, pero deseo rogarle me

dé una más amplia explicación sobre esa versión quiché de la creación del hombre, pues yo no conozco más que lo que leí a la ligera en ese Manuscrito de Chuilá, y es seguro que ni aun leyéndolo más despacio habría podido saber, por ejemplo, si desde el principio fueron idólatras esos primeros hombres.

—En verdad que no es oportuno —contestó— profundizar ahora sobre tal materia, dado que de ello hablaremos en libro especial. Sin embargo, con gusto voy a satisfacer su presente curiosidad, siquiera a grandes rasgos, y pueda comprender todo el fondo de nuestra historia.

Hizo una pausa, y continuó después:

—Entre nosotros, como aún subsiste entre los hebreos, imperaba el significado primitivo del dual, o sea lo que es doble por naturaleza, lo que se da por parejas, desde el sexo hasta las vibraciones o polaridades, como asimismo profesaban algunas de las escuelas de la antigua filosofía. (Entre los mexicanos, al tener por dioses al Popocatepetl —“la serpiente que humea” y la sierra nevada que llamaban Iztaccihuatl —“la mujer blanca”—, eran consideradas marido y mujer). Es por eso que, al tiempo de la Creación del Mundo, en el Popol Vuh original se separan del Dios único, Gran Espíritu o Creador del Universo, sus pares de opuestos, al modo de la Yoga, dándole a cada uno un río de nombres con la fluidez característica de “la lengua principal que en el mundo hubo”, y así llama Tzacol a la cualidad creadora de Dios, la Gran Madre (Alom) o la divinidad diurna en potencia femenina (Hun-Ahpú-Vuch), siendo Bitol la otra parte, o sea la virtud mantenedora de la vida o Gran Padre (Oaholom), o divinidad nocturna en potencia masculina (Hun-Ahpú-Utiú), y otros muchos adjetivos más que se referían a los distintos atributos que iban descubriendo en el Dios único o Dios incorpóreo original, Dios de “perfecta perfección” al que llamaban Huh-Rakar y vulgarmente Hurakán (porque el verdadero nombre sólo pronunciaban en el Gran Tabernáculo), nombre que se refería a la esencia divina o Corazón del Cielo; y con este nombre formaron la Trinidad (Kaculhá-Hurakán, Chipi-Kaculhá y Raxa-Kaculhá), que sabemos es común a muchas religiones, que hasta la

sección de los Manacicos, de la raza Pampeana, la tenía en sus credos, como lo dice el padre Fernández citado por A. D'Orbigny, y que entre los Incas tal Trinidad llamaban Illapa. Y nótese cómo en la biblia quiché aparece ya la trilogía desde el principio, ab initio, a diferencia de la cristiana en que aparece hasta muy después, como demostrando una vez más que la primera es más avanzada evolutivamente que la segunda. Y ya que de observaciones se trata, sería útil recordar que de la palabra "OM", que la hemos visto en Alom y Qaholom, nació la creación según el Génesis hindú.

"Para la creación del hombre, todos aquellos atributos del Único Dios se resumen en dos: Ra-tepeu y Gucumatz. La primera palabra, incompleta en el adulterado MS, significa el Padre, la energía dinámica de la Voluntad Suprema (y no olvidemos que las vocales EU tienen histórica y místicamente significación de Dios, como Deus, Zeus, etc.); y la segunda (prónunciase Gucumaz) significa la Madre, la receptora del poder, la idea o el pensamiento supremo, muy distante del significado material de "serpiente de plumas", cuyo difícil sentido hizo decir a Herbert J. Spinden en su libro "Ancient Civilizations of Mexico and Central America", que la serpiente podía considerarse entre los Mayas como un equivalente a la aureola de los santos del cristianismo. Así, pues, uno representa la positiva fuerza creadora, y el otro la negativa que le completa. En el punto en que ambos se unen se realiza la fuerza creativa, el Verbo o Logos, la "Palabra Encarnada", resultando perfecta la aplicación de sus fórmulas cósmicas a la Ontología, de modo que la unión de los dos símbolos: la Idea y la Forma correcta, produce en el punto tercero del triángulo el éxito del Plan de la Creación. Observemos de paso otra similitud o punto de contacto entre los hombres indicados aplicados a la dualidad creadora, y los dados por los Incas según su credo igualmente dualista y que eran: Vi-Ra-cocha y Pachaca-Mac, para significar lo mismo que sus homólogos quichés. Con la aplicación de esa misma fórmula se creó al hombre, habiendo sido creado tres veces, correspondiendo cada vez a cada uno de los puntos del triángulo o a cada una de las Tres

Personas de la Trimurti. La generación creada primero y que fué engendrada del lodo, es decir, nacida del instinto puramente animal, los que apenas podían repetir lo que oían como loros, está representada por Vacub-Kaquix, cuya fuerza, dicho sea de paso, estribaba en sus dientes, como la de Sansón en sus cabellos. A la creada después, producida de madera y destruida por otro diluvio, pertenecía Hunbátz y Hunchouén, que sobrevivieron convertidos en monos. No fué sino la generación creada por tercera vez, engendrada del maíz, la que alcanzó plena existencia porque en ella intervino el tercero de la Trimurti equivalente al que conocemos como Espíritu Santo, por lo cual merecieron la bendición de Dios. A estos hombres perfectos del último ensayo, Hombres-Fénix (resucitados de sus cenizas al contacto del agua como lo hubiera hecho el mismo maíz) u Hombre-Luz que al morir se convirtieron en el sol y la luna (y ésta conversión sí es mitológica, como la de los 400 muchachos) y que se supone vencedores de sus predecesores —los hombres formados en los anteriores ensayos—, es decir, de los instintos y bajas pasiones y hasta del mal representado por Xibalbá, se les hace engendrados por el producto emanado de la cabeza de un noble caballero (Hunhun-Ahpú), el Prometeo de la literatura clásica americana, quien tuvo por padres a Urania, o ciencia de los astros (Ixpiyacoc e Ixmucané), que bajo su forma primitiva de madera o árbol yacía en el sitio de honor o Puzbal-Chah. Pero no olvidemos que el producto de una cabeza no puede ser otro que la misma experiencia o sabiduría, tanto más si se trata de una cabeza más o menos iluminada como debía ser la suya, a juzgar por sus progenitores. Y en efecto, tal producto simbolizado aquí por la saliva fué el que fecundó a la doncella Ixquic —“la divina madre”, hija regenerada de los señores del Xibalbá—, quien engendró a Hunahpú e Ixbalanqué, los Hombres-Fénix; de suerte que este parto no fué al estilo del nacimiento de Minerva, partiéndose Júpiter el cráneo, ni semejante al nacimiento de Perseo: lluvia de oro que embaraza a Dánae, hija de Acrisio, encerrada en la torre de bronce; ni es comparable tampoco al de Huitzilopochtli, cuya madre resultó embarazada por

un puñado de plumas que nadie supo de dónde vino, aunque las plumas hayan sido otro símbolo Maya de sabiduría, como lo es la paloma entera en el cristianismo, si bien el nacimiento de Hunahpú e Ixbalanqué se asemeja más al de Perseo, tanto más cuanto que los nuestros no fueron dioses sino héroes, como también el otro, y que en nuestro caso se dió por partida doble en virtud del principio de dualidad que ya vimos, representando uno de ellos el elemento masculino y el otro el femenino. (Entre paréntesis, éste fué el momento, en la evolución del hombre, en que se realizó la separación de los sexos, para venir a ser él imagen y semejanza de Dios). Bueno será observar, aunque siempre de paso porque el tiempo apremia y todo ello será explanado en libro especial, que es a propósito de estos verdaderos hombres que se refiere la historia del Paraíso bíblico en donde Hunahpú e Ixbalanqué no trabajaban, pero que tuvieron también su caída tentados por la serpiente, aquí representada por el ratón, que los hizo comer del fruto prohibido, representado éste por los instrumentos del juego de pelota que la abuela (Urania) se los tenía prohibido porque esa "fruta" había sido la causa de la ruina de sus padres Hunhun-Ahpú y Vacubhun-Ahpú, quienes habían nacido "durante la noche", esto es, cuando el hombre era aún bisexual, caída que causó las enfermedades y calamidades que se hicieron endémicas para la especie. Pero los de ahora, con la experiencia de sus padres y la pena del remordimiento (las cañas sembradas en la casa de la abuela) en sus corazones por haber desobedecido, pudieron triunfar de las adversidades y demás contratiempos, pero desde luego sin eliminárselos a la humanidad (ya que ésto tiene que ser trabajo personal), hasta regenerarse en el bautismo (fueron arrojados al agua a pedido de ellos mismos, de donde salieron "convertidos en hermosos muchachos") y, dominando las pasiones, lograron plenamente redimirse hasta volver a merecer el Reino de la Luz.

—Me sorprende, excelencia —le interrumpí—, que usted me hable de bautismo en la época precolombina de la historia americana. ¿Cómo pudo ser sin la llegada de los cristianos?

Me miró con fijeza, y, por un momento, creí que le había caído mal mi interrupción. Pero no fué así, sino que apoyando la barba en el hueco de la mano y el codo en la mesa, dijo:

—Ciertamente, nuestros antepasados ya usaban el bautismo del agua. Para convencerse no hay más que ver las narraciones de los primeros historiadores de la Conquista, Bernardino de Sahagún entre ellos, así como ciertas inscripciones en las paredes de algunos templos de Yucatán. Y, más aún, que no solamente practicaban el bautismo, sino también la comunión que presenciaron espantados los descubridores, porque decían que era “cosa del diablo”. Esta la realizaban con formas hechas de flor de maíz mezclado con sangre, las que después de consagradas por los sacerdotes las distribuían entre el pueblo, que “las recibía con reverencia, humillación y lágrimas, diciendo que comían carne de Dios”, según cuentan Veytia y Acosta que lo observaron en México, así como también observaron la adoración de la cruz, siendo el templo de la Cruz la obra cumbre Maya del primer Imperio (500 años después de Cristo); todo lo cual no tiene relación exclusiva con el cristianismo, pues la cruz no es sino la representación objetiva y simbólica de aquel principio de dualidad del que antes hablamos: cada una de sus barras representa una cualidad o una polaridad diferente de la dualidad universal, siendo ella símbolo de adoración para los del antiguo Egipto y Siria, lo mismo que el bautismo y la comunión (pan y agua o pan y vino) tanto en Egipto como en Grecia antes de Cristo. ¿Que si tenían comunicación éstos con aquéllos? Más de lo que puede imaginarse, pues se descubrió que todos los ritos y ceremonias, días de fiestas y sonidos vocales de esta raza eran idénticos a los practicados por el pueblo de Israel; y que la cerámica, la arquitectura, el arte y las armas, y hasta el código de la cortesía —los Mayas y los Aztecas saludaban tocando la tierra con la mano derecha. Y llevándosela luego a la cabeza—, en una palabra: la ciencia y cultura americana, astronomía y religión eran tan semejantes a la de aquéllos que Lord Quingsborough, en su “Antiquities of Mexico”, que cita W, Prescott en su “Conquest of Mexi-

co”, llegó hasta decir y asegurar que México había sido antes colonizado por los israelitas, y que, por consiguiente, estos indios de América eran de las primitivas tribus de Israel (no debe confundirse israelitas con judíos, que judío es una religión y no raza). Y Lord Quingsborough no andaba descaminado, que asimismo afirma el Título de los Señores de Totonicapán al decir que Balám Quitzé, y demás “engendrades” eran descendientes de Abraham y Jacob. La explicación de todo ello la encontramos al recordar que los pobladores de Atlántida o arios emigraron hacia oriente y occidente. Allí su descendencia se llamó israelitas y aquí Mayas. Esto sin hablar de cierto género de circuncisión que practicaban y practican aún algunas tribus amazónicas. Mire este sol —agregó— que llevamos bordado en la vestimenta: le llamamos Ra o Dios del Sol, el mismo que los egipcios paganos adoraban hasta con igual nombre. Todo esto podemos resumirlo diciendo que si en el físico nos acercamos al oriente (y en las venas llevamos hasta sangre mongólica que recibimos posteriormente), en esencia somos occidentales. América resulta entonces ser el lazo entre oriente y occidente; de ahí que nuestra raza no fué tan espiritual como los pueblos del oriente, ni tan materialista como son los occidentales, para que se cumpliera en nosotros, mejor que en ninguna parte, el proverbio: “A Dios rogando y con el mazo dando”... Y después de todo, sucedía que nuestros curanderos, que concebían las enfermedades como males psíquicos antes que somáticos, y a cuyas prácticas llamaron supersticiosas, no hacían sino aplicar las mismas leyes científicas y místicas que empleaban los Esenios y las hermandades místicas anteriores a Cristo, análogas como ya vimos a las que practicaban sus antepasados los arios. Y he aquí que cuando en 1947, Guatemala apoyó a los hebreos en sus justas demandas por una patria propia, sin saberlo apoyó a sus mismos hermanos de raza, los que son más hermanos entre más indígenas somos...

“Pero volviendo a su pregunta que usted hizo respecto a si habíamos sido idólatras, le diré que con el andar del tiempo cada uno de aquellos atributos del Dios único que mencionamos, y otros más que hemos omitido, fueron

considerados como dioses distintos y dado representación material al llegarse el período de la idolatría por el que han pasado —y muchos aún siguen pasando— todos los conglomerados de hombres, desde el becerro de oro de los hebreos hasta las imágenes, medallas y monedas del fanatismo sectario y económico; idolatría que tiene lugar cuando se guarda la fe de modo teórico y rutinariamente, facilitándose el reemplazo del hilo consciente y espiritual entre el hombre y Dios por el materialista de un culto o de una religión, con predominio del elemento “animal” en nuestras divinidades y demonios. Dichosamente una parte de la raza se regeneró, como hemos de ver, en el monte Hacavitz o Hacavitz-Chipal, así llamado, renunciando a la idolatría y recuperando la fe en el dualismo superado Dios-Mundo, fe que por haber conservado su carácter dinámico se mantuvo mucho tiempo sin caer en ninguno de los extremos; panteísmo o ateísmo, y los cuales constituyeron grupos puros u organizaciones aisladas a modo de logias, hasta que al fin se vieron obligados a incorporarse a la fe cristiana. Tal degeneración ocurrió en el lugar llamado Tulán-Zuivá, la segunda Tulán de las cuatro que señala el texto, que, como la primera, corresponde a una fase en esta historia evolutiva de la humanidad y no a un lugar geográfico como se pretende al confundirla con la ciudad de Tula o Tulán de los Toltecas o “Lugar de las flechas”; palabra aquélla que significa “Cueva”, porque realmente retrogradaron entonces espiritualmente a la vida cavernaria o de la bestia. Aquí es en efecto, donde como en otra Babilonia, se pierde toda unidad y armonía que había habido entre los hombres o entre la mayoría de los hombres, para producirse diferentes modos de política, con distintos cultos y hasta modos idiomáticos particulares, y dispersándose hacia los cuatro puntos cardinales; en resumen, marca el nacimiento de la idolatría y la variedad de tribus mencionadas antes, con el cortejo obligado de egoísmos y rivalidades mutuas, ambiciones y odios, ocasionándose entonces los tiempos de hambre y de miseria que antes no habían conocido, pues en esta fase perdieron hasta el maíz que, sabemos ya, era también símbolo de su parte espiritual, por lo cual yacían, dice el texto, “en

la oscuridad y en el frío". Y en los Anales de Sololá (traducción de A. Recinos) se lee: "y vinieron las avispas, los abejorros, el lodo, la oscuridad, la lluvia, las nubes, la neblina". Y este envilecimiento no terminó allí sino que, en sus errabundas caminatas, ya el rumbo perdido, siguió acentuándose como era de esperarse hasta culminar en los sacrificios humanos consumados al pie de sus ídolos por sus sacerdotes, quienes fanáticamente seguían tomando los nombres de los cuatro progenitores, dado que ya no eran magos sino brujos o hechiceros. Pero aquí también hubo excepciones: no todos desandaron la evolución adquirida, y la misma historia enseña que "algunas tribus hubo que se fueron para el Oriente", o sea que permanecieron fieles a la palabra revelada y a la fe y tradición de sus mayores, debiendo contarse entre esta minoría a los que dieron después origen a las tribus tolteca y olmeca así llamadas, las que hasta recientemente vivían, dice Sahagún, "en un verdadero paraíso terrenal". Y bien sabemos que éstos vivieron por mucho tiempo bajo las doctrinas y enseñanzas que Quetzalcoatl o Kukulcán, como también lo llamaban, al que algunos han identificado con el Apóstol Santo Tomás, otros con el Mesías y otros, en fin, con Noé, pero que no era sino un Maestro llegado de la misma parte y con anterioridad a aquellos que en la América del Sur se llamaron Incas, y que pasó a la leyenda con caracteres divinos o adorado como dios por los pueblos idólatras. Enseñanzas que dieron a ellas, sobre todo a la tolteca, tal poderío que en el año 600 ya empezaba a ser Gran Imperio, deslumbrando al mundo que se preguntaba cómo escasamente en medio siglo —del 600 al 650—, pudieron ascender a tanto como los egipcios, gastando éstos en cambio miles de años.

Notando la sorpresa que sus palabras me causaban, vino a continuar:

—Crear que Quetzalcoatl "el divino", que debará distinguirse de varios emperadores toltecas así también llamados, se haya limitado a enseñar a los nuestros los beneficios de la agricultura y nada más, es no creer en nada, pues sólo siendo un Triptolemo de Eleusis, quien, según la fábula, poseía un carro tirado por dragones alados, po-

día haber venido de tan lejos para tan poca cosa; porque con sólo la agricultura, pese a su importancia, jamás hubieran llegado a alcanzar el gran desarrollo cultural que pudo verse en algunos pueblos de esta parte de América. Pero es que Quetzalcoatl, que vino en la segunda centuria después de Cristo, fué algo más que un simple Triptolemo: era además un Venerable Maestro del Misticismo de la escuela de Moisés, quien, por la aplicación y enseñanza de sus principios místicos monoteístas propició la evolución de algunos de estos pueblos que aún eran nómadas y vivían cambiando de residencia con las estaciones, a los que después de haber dotado de aquel admirable calendario que sorprendió a los conquistadores europeos, los organizó en asociaciones o hermandades místicas para la difusión de los conocimientos humanos y divinos que eran enseñados y aprendidos experimentalmente, sin haber sido éste el único Maestro que visitó a este continente, ni sido México la única parte visitada por personajes semejantes: también tuvieron los suyos los peruanos, los guaraníes y otros. Así, pues, por medio de aquellas hermandades o logias, muchos de nuestro pueblo, es decir, los que querían recoger la semilla, fueron aprendiendo que lo único que podía sacrificarse en el altar de Dios eran las flores y los frutos de las estaciones, enriqueciéndose a la vez en sabiduría y poder mental (uno de los últimos adeptos fué Netzahualcoyotl, llamado por eso el Salomón de Anáhuac, y a la capital de su Imperio —Texcoco—, la Atenas del mundo occidental), y pasando cada vez más y más inadvertidos a los historiadores y a todo el mundo por su humildad y amor a los humanos, pues como los hombres de todas las edades fueron siempre admiradores de la fuerza bruta, siempre destacaron más en la historia los hechos de los jefes bárbaros, guerreros o conquistadores, que los de los hombres genuinamente espirituales, o verdaderos grandes hombres; pero cuando éstos salían de su retraimiento y ponían oído a la tentación, era que empleaban su sabiduría en las cosas temporales, en su propio y material engrandecimiento haciendo uso hasta de la rapiña, que no otra cosa son las conquistas; era entonces que entraban en la fase que la historia tiene por brillante por-

que todos se quedaban sorprendidos y deslumbrados ante la magnificencia de sus templos, la gallardía de sus palacios, el acabado perfecto de sus pirámides, monumentos de mágica aparición para los legos, y que, sin embargo, no eran sino meras sombras de las maravillas que esos hombres habían llevado por dentro cuando habían sido grandes de verdad, y que al depositarlos ahora en tierra, al proyectarlas al mundo material con soberbia y jactancia, sencillamente se quedaban sin nada o con un alma vacía, pues se bajaban del plano mental, donde eran libres, al material para ser esclavos de ellos mismos o de extraños. Por eso se dice que ninguna pirámide, en Egipto o en América, pudo haber sido hecha sin un régimen de esclavitud. El absurdo está en que precisamente tales épocas son las llamadas Imperio, en el sentido de belleza y majestad, por los historiadores, siendo que entonces era cuando venían en descenso por los nuevos vicios, cuando la profanación llegaba hasta deificar los nombres de sus maestros y adoptándolos después ellos mismos en su afán de adquirir sin esfuerzo naturaleza divina, todo lo cual no hacía sino minar hasta hacer caer también materialmente, ya no sólo moral, a ese Imperio cuya "civilización" quedaba convertida en ruinas más dignas de compasión que de otra cosa, pero siendo substituido por el del vecino que había copiado sus modales y ocupado ahora su lugar para tener a su vez el mismo destino después a manos de otro rival, y así sucesivamente, hasta que al fin la misma hermandad o logia desapareció también como entidad activa, perseguida y quemada en la mayoría de sus miembros por los conquistadores blancos que no hacían distinción entre los buenos y los malos. Pero gracias a la buena memoria de unos pocos que sobrevivieron a tal matanza, logrando ocultar con gran celo las enseñanzas secretas que habían escrito para nosotros el mismo Quetzalcoatl, y a la ayuda que nos dieron los maestros contemporáneos, fué que ahora pudimos volver a ser hombres, levantando con nosotros a toda la raza.

"Pues bien —y perdone esta divagación, aunque me temo que divagaciones semejantes se sucedan de vez en cuando en el curso de esta charla—. Decíamos, pues, que

caído el pueblo —porque los pueblos tienen también sus caídas como los individuos—, pasaron durante mucho tiempo viviendo la vida de las cavernas, yendo de una a otra con sus ídolos —sus pecados— a cuestras, hambrientos y en la miseria, cruzando por la era de las siete vacas flacas o las siete espigas menudas y marchitas, hasta que finalmente, ya en el monte Hacavitz, advinieron nuevos sacerdotes que, como era ya costumbre, llevaban los nombres de sus cuatro primeros padres, y quienes comprendieron el mal que se hacían adorando a falsos dioses. El hicieron entrar a todo el pueblo en dolor de arrepentimiento, entregándose a ayunos prolongados y a ejercicios místicos, hasta regenerarse y reivindicar sus tradiciones espirituales y morales. Fué entonces cuando les llegó la aurora de un nuevo Sol; sol que, dicen las escrituras, “se levantó como un hombre, de gran resplandor”, pues “no era ciertamente el mismo sol que nosotros vemos”, porque era el sol de la espiritualidad y de la fe renacida en el único Dios, quedando los ídolos convertidos en piedra o cosa inservible, y seca la ciénaga de su ignorancia. Y al hacerse luz en sus conciencias se sintieron nuevos hombres, y de nuevo poderosos: un despertar sublime que nosotros podemos apreciar en todo su valor por haberlo experimentado también. Pero así como no todos cayeron o degeneraron en Tulán-Zuivá, así tampoco el despertar de hoy no fué de todos, pues “sólo eran unos pocos los que estaban sobre dicho monte” —el Monte de la Iluminación o Monte de Sinaí—, por lo que quedaron muchos sin regenerarse por ser convertidos o convencidos a medias, o insinceros en sus deseos, los que, como comején en su casa vieja, persuadieron a otros a seguir por falsas veredas y haciendo más tarde volver a todo el pueblo a las andadas hasta tomar un día como rey de ellos mismos al más desconocido de los advenedizos, aún más advenedizo que Atahualpa en el Perú, el cual aceptó resucitar los ídolos y las orgías paganas, incluso renovar la práctica de los sacrificios humanos que naturalmente causaron sangrientas disensiones entre ellos, siendo finalmente conquistados otra vez por los Mayas del Tercer Imperio, y luego por los castellanos que se negaron eternamente a devolvernos el sol de la

libertad.

Yo insistí:

—Pero tengo entendido que ustedes tenían a la Astrología como una religión, o por lo menos como la parte más importante de ésta; en una palabra, que practicaban el sabeísmo. ¿Me equivoco?

—Sí y no —contestó—, porque eso depende del momento histórico en que hayamos sido observados. Cuando las tribus constituyeron pueblos más o menos estables por la práctica de la rotulación de la tierra, necesitaron con urgencia, precisamente por vivir de los productos naturales del suelo, del conocimiento de las leyes cósmicas con el fin de determinar no solamente la naturaleza de las labores agrónomas y sus múltiples derivados, así como fijar los ritos religiosos y ceremoniales, sino también por su interés de sobrevivir a las frecuentes y sorpresivas invasiones que sufrían de parte de una o más tribus vecinas, con el consiguiente deseo de poder prever tales hechos, siendo para ello el único medio posible el del entendimiento de los signos celestes, al cual debieron el haber podido predecir hasta la llegada de los conquistadores peninsulares. Así, pues, eran dos cosas distintas, religión y astrología: aquélla era el código de la conducta moral y ésta de la material de los hombres, aunque en el fondo tenían inevitablemente puntos de contacto, pues quien llega a considerar a Dios como el Hacedor de todo lo creado, siente que también los astros son sus hermanos. Ya lo creo que en las etapas idólatras de los pueblos se practica no sólo la idolatría de los astros, pero el más ruín fetichismo; pero éstos son estados temporales. El normal del hombre es el racional o filosófico, filosofía que entre nosotros era y continúa basada en la Astrología que, más que arte, es ciencia: la ciencia de entender el lenguaje objetivo del Cósmico y sus leyes por la observación y estudio —que por la falta de anteojos debía ser místicamente— de aquellos caracteres celestiales, para aprovecharnos de sus influencias, las que aplicábamos a todos los actos de la vida: desde la siembra de la simiente en la arada que era hecho entre ritos especiales que compensaban los defectos de nuestro embrionario sistema agrícola,

con el fin de obtener las más ricas cosechas, hasta el matrimonio que es también una siembra, con aprovechamiento consciente de las medidas cosmogónicas y zodiacales a efecto de que los hijos advengan saludables en cuerpo y alma, toda vez que fué de sabios evitar más bien que remediar. Empero, si es cierto que siempre fuimos adictos a esta hermosa ciencia, estamos lejos de considerarnos astrólogos actualmente, sino meros admiradores de ella, la que resulta bien distinta de la astrología supersticiosa en que la hicieron degenerar los fanáticos o sus explotadores de todos los tiempos. Y ya usted puede ahora comprender que las oraciones de nuestros antepasados mencionados ya no tenían ni podían tener el objeto exclusivo de pedir salud física, lluvias fertilizantes, buenas cosechas o riquezas materiales, como es el decir de algunos que no saben, siendo que en verdad era poco o nada lo que pedían, sabidos de que lo que se siembra se cosecha, limitándose mayormente a dar gracias al Creador por las muchas mercedes recibidas; y si algo pedían era sobre todo que los librara del mal de las invasiones y asechanzas de tribus que, violando todo código estelar, vivían en sed de conquististas, cuando no eran nuestras propias tribus las conquistadoras.

“Y era conforme al plan cosmogónico que vivíamos en comunidades así llamadas, que eran grupos de familias de la misma tribu especializadas casi todas en una misma actividad de trabajo, ya agrícola, ya manual, de cerámica o alfarería, de tejidos de algodón o de lana, y últimamente hasta de muebles, y que vivían como una sola familia. Mejor que especializadas —corrigió— debemos decir dedicadas a una misma actividad, pues nunca existió en ellas especialización al modo como la entendemos actualmente, en lo cual estribaba, por cierto, el verdadero mérito de las comunidades primitivas: que cada hombre tenía todos los oficios posibles, y no como en nuestras civilizaciones, en las que todos, para vivir, deben ser altamente especializados, o lo que es lo mismo, lastimosamente limitados, lo que es contrario a la naturaleza y evolución del individuo. De ahí que aquéllos eran centros modelos de cooperación entre sus propios elementos y también en-

tre unas y otras comunidades, cuyos productos, elaborados siempre por procedimientos primitivos pero suficientes para las propias necesidades, se intercambiaban manteniendo un constante equilibrio en toda la nación, no solamente económico y social, sino también de suficiencia y de verdadero arte en los acabados hasta despertar la admiración en todas las generaciones humanas a través del tiempo. Así, pues, cada comunidad era como un pequeño sistema planetario dentro de otro gran sistema, de las que apenas quedan recuerdo en uno o dos lugares del mapa que consiguieron vivir juntos, pero no revueltos, con los demás, y, precisamente por eso, constituidas todavía de hombres sanos moral y físicamente, obedientes a la ley de Dios y de los hombres, cuyos jefes o gobernantes, que son a la vez jefes de cofradías, son entresacados de los más ancianos y puros de corazón de la comunidad respectiva; hombres de mucha experiencia, conocedores de la naturaleza humana y sus flaquezas, y severos en el mantenimiento de las buenas costumbres, los cuales son reconocidos en los días grandes de sus pueblos, por las varas insignias, guarnecidas a veces de oro y plata, que portan con digna humildad, siendo la reunión de tales señores lo que primitivamente se llamaba el Consejo de Ancianos, que era el que nombraba al monarca cuando el anterior no dejaba sucesor, el cual juntaba al poder político el religioso, como se estilaba entre los Incas, pero nunca las funciones de médico ni de astrólogo, que pertenecían a personas distintas. En estas comunidades, en las que se hablaba poco, no porque poco supieran, como es ahora, pues que entonces sabían muchas cosas, sino porque su silencio y su resistencia a hablar era un ejemplo más de las antiguas prácticas de los místicos de verlo todo, saberlo todo y no decir nada, imperaba la prohibición más absoluta de beber bebidas fermentadas, las que sólo se permitían en las festividades religiosas, que eran dos al año, así como en el hogar regía la monogamia, siendo castigable el adulterio por no poderse conciliar la infidelidad de cualquiera de los cónyugues con la paz doméstica. De esto último se desprende que carece de veracidad la afirmación que hacen algunos de que normalmente teníamos en

menos a la mujer, pues era respetada y estimada por ser ella la cuna del linaje, lo cual puede comprobarse escudriñando el mismo MS mencionado al principio, en donde se ve que la mujer ocupa siempre el lugar preferente cada vez que habla de ambos sexos, sólo que, como no fuimos nunca idólatras de corazón, no las adoramos ni les ofrecemos incienso ni coronas, como ellas tampoco tienen que ofrecernos a nosotros. ¿Es poco acaso la mutua fidelidad que nos rendimos? Tales normas dió a la raza aquel sello de grandeza que sorprendió a los conquistadores de últimar, con todo y que permanecíamos en la edad de la piedra, o, a lo sumo, en la del bronce; pero es que la nuestra no era la grandeza material que da el dominio de los metales sin vida, ni el poder de las monedas sin alma, sino la grandeza espiritual que da el conocimiento y práctica de los secretos cósmicos y que nos hacía vivir en la mera Edad de Oro, y a lo cual se debe que hasta ahora haya reinado en nuestra tierra la perpetua primavera. Pero aquella sorpresa, grande como fué entre los españoles, no pudo evitar que nos trataran con menos crueldad de la que emplearon, que aniquilaba por parejo a los que se entregaron por apaciguamiento como a los otros que lucharon heroicamente, además de los que impulsaba al suicidio, o bien, para sobrevivir, a imitar la conducta de nuestro quetzal, refugiándose en las más escarpadas montañas e inaccesibles picachos en los que por suerte abundó siempre el patrio suelo, donde hubo que disputar a brazo partido sus albergues a las fieras, las que con todo resultaban preferibles a nuestros desesperados conquistadores (¿no fué América "refugio de desesperados de España"?), conquistadores que a más de ensañarse en nuestros cuerpos y espíritus libres, con no menos saña destruyeron nuestros monumentos, y ciudades enteras, que eran proyección material del alma misma de la raza, y hasta nuestra maravillosa Ontología en la que ellos mismos habrían aprendido tanto. Porque ellos no sólo querían oro. ¡Ah, si sólo oro hubieran querido...! Querían algo más, y algo peor: querían hacernos esclavos suyos, pese a la amistosa recepción que siempre se les tributó cuando llegaban en misión de paz, como pudieron atesti-

guarlo no solamente los Maestros que de cuando en vez venían a iluminarnos el camino, a apartarnos del mal y encaminarnos al cielo, sino también aventureros como Colón, Lepé y Cabral, Vespucio, Grijalva y Pizarro, Cortés y Almagro, el padre de Aguilar y, en fin, todos los descubridores, incluso el mismo Pedro de Alvarado, a quienes les abríamos los brazos creyéndolos también Maestros. No éramos, pues, los salvajes que ellos describían al llegar a España, y que así contaban para pretextar sus inhumanas crueldades. ¿Qué los aztecas eran, todavía en aquel año, sacrificadores de hombres e inhumanos con los pueblos que sometían? Bien, pero tal forma de gobierno — que no era el nuestro por cierto —, ¿en qué pudo diferenciarse de los regimenes de las Capitanías y de los Virreinos? Pero ni siquiera en lo que respecta a los sacrificios humanos, pues también nos hacían morir en el nombre de Cristo, de manera que si los aztecas sacrificaban en el templo arrancándoles el corazón a las víctimas, los conquistadores lo hacían en las plazas quemándolos vivos. Y de igual modo lo apreció el santo de Las Casas...

Cruzó los brazos sobre el pecho, y continuó:

—Y esto fué apenas el principio, un pequeño anticipo, como un pensativo del más amargo de los calvarios por los que han pasado los hombres, porque lejos de tratarnos con la caballeridad con que los árabes los trataron a ellos, nos hicieron pasto de su codicia y lujuria, tratando ellos deliberada y sistemáticamente de destruir en nosotros las pocas virtudes o valores morales que aún perduraban para deshumanizarnos enteramente, y, envilecidos, poder cumplir su propósito de abatir las fuerzas de nuestra oposición y rebeldía. Ya nos habían quitado la tierra, y los rebaños, y la libertad, y el pan de maíz, y hasta la sangre a punta de látigo; ahora nos arrebatában también las mujeres y los hijos, que eran arrancarnos el corazón, y, para no dejarnos ni el alma, después de quitarnos a nuestros sacerdotes, nos forzaron a cambiar nuestra fe, que llamaron salvaje, por la suya que tenía por símbolo un cuerpo de hombre puesto en una cruz, y un hombre tan semejante a nuestros antiguos Maestros! ¿Era que estos invasores los habían asesinado también a ellos? ¿Cómo po-

dríamos, pues, ser amigos suyos? Y ¿cómo explicarles que si, en efecto, podíamos comprender y hasta amar a ese crucificado, no podríamos en cambio hacer lo mismo con ellos? Pero aquí no había término medio: debíamos escoger entre su fe o su espada; su religión o un tiro, o la pira. Y ¡cuántos fueron sacrificados ante esa cruz! ¡Cuántos de nosotros murieron aceptando al fin a ese Mesías, para salvarse de la hoguera, ya que no del cadalso! Porque juntamente ponían en práctica, con toda fedelidad, el sacrílego dicho de Iván el Terrible: "El que posee la tierra posee las almas de los que moran sobre ella". Exigencias que no podían sino provocar un mortal conflicto entre nuestra conciencia y las demandas por parte de ellos a las que no debíamos ceder ni podíamos rehusar, aunque al fin acabamos por aceptarlas y acatarlas, creyendo que así salvábamos lo poco que nos quedaba. ¡Qué vana esperanza! Si la cuesta no tenía plan, de modo que seguimos descendiendo y descendiendo en la medida que nos sometíamos y que, sin embargo, debíamos seguirnos sometiendo; pues ¿qué más podíamos hacer? si éramos los vencidos. Y si perdimos sosteniendo tenso el arco y la lanza en ristre, ¿qué sin ellos? Ciertamente que podíamos mordernos el puño hasta hacerlo sangrar, pero al mismo tiempo llegamos hasta decirles "tatitas" de igual modo que los zares eran llamados "padrecitos" por los de su pueblo, aunque no sin haber antes inmortalizado aquella fase de nuestra historia en el baile de la Conquista así llamado, el cual termina con la muerte de Tecún Umán, quien, en nuestra representación, ya no era el jefe de las tribus quichés sino el símbolo de toda la raza y sus más puras tradiciones; tenía, pues, el significado del exterminio de la Raza Americana. Y por eso era, que nunca dejábamos de bailararlo precisamente en las horas en que más alegres debíamos estar: en las fiestas titulares de los pueblos, cuando podíamos contar con mayor número de espectadores...

"Y tal calvario se prolongó no por un siglo ni por dos, sino por los siglos de los siglos y a perpetuidad, suponiendo que nuestras vidas durasen tanto. Empero, algo había que nadie entonces nos podía arrebatarnos, y era: la

esperanza, que nos resistíamos a perderla. ¿Acaso hay males que duren cien años? Y a cada nueva aurora nos decíamos: "Tal vez ahora nos dejen libres... ¡Cuánto oro se han llevado, y cómo han abusado de nuestra debilidad! ¡Tal vez hoy, saciados al fin, se realice el milagro!..." Ya hasta habíamos colocado el Dios de ellos al lado del nuestro, y esto nos hacía esperar con doble razón que el milagro iba a realizarse, y a realizarse con doble prontitud. Pero estaba escrito: nuestro destino era ser mártires por cinco largas centurias, sin merecer jamás el jubileo ni por los unos ni por los otros. En el ínterin, eran notorios los esfuerzos del Real Gobierno por culturizar a los hijos de sus colonos nacidos en estas provincias de ultramar, como las llamaban, organizando escuelas y hasta flamantes universidades, sólo que para servicio de ellos no más, y nada para nosotros. Pero, ¿cabe esperar que el crimen quede siempre impune? Y he aquí que estas mismas universidades, en las que creyeron ilusamente haber separado el conocimiento de las ciencias del sentimiento de ser libres, olvidando que el primero da alas a la mente y vigor al espíritu para romper las cadenas que lo opriman o bien para despertar ambiciones dormidas, fueron el principio o base de aquel otro acontecimiento ocurrido en el siglo XVIII y que llamaron Independencia, la que en esta región se vió además facilitada por la tardanza en su ejecución (ya España y todo el mundo daba por descontada la gesta del 15). Ni que decir que esta Independencia fué también unilateral y sólo para ellos, pese al quetzal —ave símbolo de la Libertad— que adoptaron para su escudo, pues nuestro régimen de vida, siguió dolorosamente inalterable porque hubo emancipación pero no manumisión, porque ellos se emanciparon de España pero no de sus propios instintos. Y cuando medio siglo después una revolución así llamada dió al también mal llamado "mestizo" (porque el nacio de europeo y americano no puede ser mestizo, sino otro blanco como sus progenitores) dió a tal mestizo la hegemonía nacional sacando del gobierno al español, los pocos que nos enteramos tuvimos cierto respiro por creer que habíamos alcanzado al fin lo que podríamos llamar una amnistía general, máxi-

me que éramos todos inocentes. Pero ¡qué gran equivocación!, si nuestra situación, ya de suyo insoportable, empeoró si cabe, porque la cuña vino a ser del mismo palo. Hasta aquí estos mismos habían sido oprimidos, o al menos así lo creían por verse siempre apartados del poder que iban ambicionando cada día más —sin querernos referir a sus padres o sus abuelos que sí habían sido esclavizados—, lo que les hacía sentir un complejo de rencor y de venganza semejante al que por aquellas otras razones alentábamos nosotros; mas al ganar ahora la oportunidad de satisfacer sus sádicos instintos no tuvieron escrúpulos en realizarlos —y sin misericordia— en la carne de sus propios hermanos porque eran éstos los únicos que podían dejarse; además, al ocupar esa chamba se creyeron tan “gachupines” como los verdaderos, afrentándose de su sangre y de su origen y pisoteándonos aún más como para separarnos y alejarnos de ellos a la fuerza, con crueldad que habrían envidiado los mismos de verdad, esto es, los conquistadores, quienes, sin embargo, pudieron tener la excusa de que luchaban contra un pueblo rebelde y distinto al suyo, excusa que, por otra parte, ya nadie podía alegar porque ya éramos sumisos y sencillos. Pero es que ellos estaban creyendo, como creen muchos todavía, que al vestirse del modo cómo visten los hombres que tratan de imitar lograban cambiarse también el alma de esclavos que los había animado siempre; ignorado que ésta, sin educación ni cultura, no se cambia jamás, aunque sí puede ocultársela, como se ocultan los pulpos tras las cortinas de gases. Y esto era lo que hacían: en su afán de negar su sangre —¡negar todo un pasado que, pese a quien pesare, seguía siendo presente!—, se tornaban en nuestros más fieros enemigos porque sólo así se sentían alejados de nosotros, que éramos aquel pasado... Y ahí empezó la historia de Caín y Abel que había de ser en adelante el símbolo gráfico de la sociedad guatemalteca, la reproducción eternamente durable de la conducta de Estéocles y Polinices, sólo que nosotros éramos eternamente pasivos o inertes, o más bien esforzándonos en congraciarnos con los amos de nuevo cuño, sometiéndonos ya sin reservas, demostrando con ello una devoción por la paz y amistad que

solicitábamos a costa de sacrificios personales que rayaba en la heroicidad, pero que no sirvió sino para reforzar su conducta de esclavistas y hundirnos más si era posible en nuestra afrentosa servidumbre, porque tomaron la nuestra como pura manifestación de debilidad, resultando nuestro esfuerzo ser el mismo de Sísifo en su afán de subir la piedra a la cima de la montaña. Pero era así como pretendían ganar nuestros corazones: con armas del mismo orden que las usadas por Alvarado. No vamos a negar que entonces se emitieron nuevas leyes protectoras del indígena, pero muchas más estaban ya escritas desde Bartolomé de las Casas, desde Francisco Marroquín y Antonio de Alvarado, desde López Cerratos, y ¿quién las cumplía? Ahora menos que el clero, al que en gran parte se había debido nuestro pacífico sometimiento, fué sacado del todo del país, y que los ladinos así llamados seguían creciendo en número no tanto por multiplicación entre ellos cuanto por adición de los que desertaban de nuestras filas, que era ya en masa, tratando de escapar de la vil explotación que sufrían, pero aprendiendo a explotar también al darse cuenta que eran siempre explotados adonde quiera que fuesen, mas quedándoles siquiera el consuelo de saberse explotadores de otros. Tales prófugos empezaban por aprender el español a como lo habla la canalla, y después de cambiarse el traje (y se los cambiaban primero los que ya habían olvidado tejérselo él mismo por preferir comprarse la tela ya hecha), después de cambiarse el nombre por otro en español, y de aparentar haber olvidado la lengua nativa —porque es siempre difícil olvidar de verdad lo que se trae en la sangre y en el espíritu—, después de estos pasos iniciales, que era como si pretendieran huír de sí mismos, en logrando hacer algún ahorro ponían —o ponen— una tenducha o pulpería, que éste siempre ha sido el modo fácil y sabroso de medrar, toda vez que aquí los golpes de mazo no se dan en el yunque, de resistencia agotadora, sino en la blanda carne del pueblo, donde se suda menos y se explota mejor, para terminar, digo, para empezar a llamarse entonces españoles, y hasta reyes por el hecho de contar ya con un ojo, siendo nosotros ciegos. Pero nada valdría esto si no fuera

porque el crecimiento en el número de aladinados significaba el aumento de los sedientos de tierras; y así, finalmente, pasó toda ésta a poder de ellos, es decir, a ser toda propiedad del dos por ciento no más de la población total, pese a esas leyes que unas veces se llamaban proteccionistas y otras reivindicadoras, pero que no protegían ni reivindicaban nada, salvo a ellos mismos, pues en los contados casos en los que pudimos reunir el dinero que nos exigían por la tierra de que nos habían despojado y tratábamos al fin de comprárselas, duplicaban entonces el precio o rescate previamente acordado, de modo que nunca pudiéramos ser dueños otra vez, aunque llamándonos afortunados al no haber sido despojados también de ese dinero... Y es que aquellas leyes nunca tuvieron por móvil el altruísmo, ni siquiera la caridad, sino el macabro interés de no digo evitar —porque no lo evitaban— pero sí de retardar un poco más nuestro total aniquilamiento, ya que caíamos como caen los chapulines en plena campaña antiacridia, por la desnutrición, el alcoholismo y el parasitismo, en primer término, y por último hasta por los piojos; retardamiento que les convenía para seguir usándonos en la tracción de su carreta, que de otro modo ésta se quedaría paralizada. Por eso aquellas leyes fueron útiles sólo para cambiar ciertos adjetivos: en vez de esclavitud se llamó ahora compulsión; en vez de cadenas, correajes; y el virote fué substituido por los decretos de extradición, las disposiciones contra la buhonería y tantas más de las que ya tendremos ocasión de hablar.

“Y nuestro calvario se prolongó por dos siglos más, con leyes y códigos del mismo modo que sin ellos, víctimas ya de tabúes que se habían hecho tradicionales, entre el bombo y las bombas que gastaban para celebrar cada 15 con brillantes desfiles, grandilocuentes discursos y banquetes opíparos, aunque —y en esto sí eran justos— celebraban con mayor brillantez los aniversarios de los pronunciamientos que llamaban revoluciones, a los que debían el mando, pues dada la casualidad que con uno subían y con otro bajaban, dado que no se trataba de hacer justicia a nadie al alcanzar el poder, sino que éste era empleado en satisfacer venganzas personales entre ellos mismos; no

era adquirido, pues, para castigar justamente al culpable de la anterior tiranía, sino para hacer leña de los caídos imponiendo la propia, de manera que a unos y a otros les quedaba siempre un remanente de agravios que vengar, saldos que cobrar de una deuda incancelable, porque su venganza no era ni al modo siquiera del Talión: ojo por ojo, sino según Dracón: los dos ojos por uno o la vida por un arañazo, en una cadena sin fin de vengar venganzas. Y aunque nosotros éramos ajenos a esa su política, no por ello sufríamos menos, porque si no habíamos sido el hierro de sus lanzas, habíamos encarnado el bronce de sus escudos, y sido siempre la arena de tales gladiadores. No es de extrañar, pues, que subsistieran en tal medio aquellos defectos que nos daban carácter de ladrones, traidores, serviles, hipócritas, cobardes y mentirosos, enseñados a viva fuerza por los regímenes de terror de los colonizadores, si tales defectos fueron después y eternamente estimulados y espoleados a favor suyo por los burocráticos "mestizos". Pero ¿cómo evitarlo, siendo nosotros flacos y ellos musculosos? Aunque, como dijo alguien acerca de otra cosa, escondían bajo el desarrollo muscular su miseria torácica. Y tuvimos que convencernos de la inutilidad de nuestros esfuerzos por acercarnos a ellos, esfuerzos que a muchos de nuestros hermanos habían llevado hasta olvidar sus propios dioses para quedarse sólo con el Dios de los blancos, sacrificando así el último nexo que pudo haber mantenido unidos unos indígenas con otros; mas todo en vano. Hasta aquí habíamos esperado que de alguna parte, de algún modo alguien haría algo por nosotros; pero al fin, y con el más grande de los dolores, por primera vez en nuestra historia perdimos la esperanza. Increíble, ¿verdad? Pero es así, perdimos la esperanza. Nunca se apareció nadie que, parodiando a Pizarro, trazase una raya en el pecho de los ladinos y dijera: "Ciudadanos, por aquí —manteniendo la compulsión y las presentes desigualdades— se va a Guatemala pobre, la Guatemala de la muerte, de las hambres, de la desnudez, de las enfermedades, los desamparos, de los oscurantismos y los rencores. Por acá —suprimiendo la compulsión y demás desigualdades— se va a Guatemala rica, la grande,

la libre y feliz. Escoja el que fuere buen chapín lo que más bien le estuviere" —(Junto ambas manos, y continuó)—: Pero esas palabras nunca se oyeron aquí, jamás fueron pronunciadas, convenciéndonos al fin que sí hay males que duren no ciento, sino mil años. En vez de aquella raya, fué una muralla la que levantaron entre ellos y nosotros; una muralla que no podíamos remover ni franquear: la muralla de sus ciegos prejuicios e inhumano desprecio. El único elemento en común que existía entrambos era el de la lucha por la existencia, en la cual el grande se come al chico, así que nuestra sociedad podía compararse, sin perder ni ganar, a la sociedad de los peces y tiburones en el mar, como correspondía a la época que aquí el chico no era un individuo, sino toda una casta y constituida, por cierto, por los tres cuartos de la población chapina, a la cual unos cuantos —el cuarto restante— se la engullía a grandes tragos o la trataba solamente por necesidad material o económica —porque nosotros éramos los obreros de la colmena— y no por simpatía, con la ley del embudo y no con la de la equidad. De ahí que al comprarnos nuestros productos al precio que ellos mismos nos imponían, con el cobre nos daban sus espaldas, si es que también no nos negaban esos cobres, porque el país, como la conocida piel de zapa, se les venía encogiendo hasta resultarles más que chiquita, de modo que si antes había habido algún rincón de tierra digno de su desprecio, hoy resultaban todos igualmente apetecibles, y dándonos como única recompensa el perdonarnos la vida. Y pese a las gotas de amargura que nos daban en cada trato, las gotas que formaban el mar que nos ahogaba, no podíamos dejar de tratar con ellos porque continuaban en vigor las leyes coloniales que nos inhibían comerciar directamente con otros pueblos o naciones, de suerte que nuestro único mercado era el de nuestros amos que desde los puestos burócratas que ocuparon siempre no cultivaban más que ambiciones personales a toda costa, incluso a costas de los desheredados que, nómadas al fin, vivíamos sin tierras donde plantar nuestras tiendas, careciendo de lo más indispensable para vivir racionalmente, y llevando a cuestas el pesado cacaxte de nuestras miserias y nuestras pesa-

dumbres, y, como si fuese poco, adheridas también a la carne las insaciabiles ventosas por las que nos chupaban hasta el triste contenido de las venas que ya ni siquiera era sangre —anémicos, raquíuticos, enfermos— sino agua de sal con lágrimas, o como la vertida por el chilacayote de Ixbalanqué. Y esto de las lágrimas no es tampoco ninguna metáfora, sí eramos anémicos por malaria y parasitismo intestinal, por desnutrición e infecciones crónicas, y por alcoholismo, todo junto. Científicamente, el examen de nuestros glóbulos rojos —hipocrómicos y anisocitócicos, con predominio de los macrocíticos (anemias polimorfos)— raras veces indicaba cantidad mayor de dos millones por milímetro cúbico, cantidad tan escasa que habría sorprendido a los que entienden de estas cosas —siempre que no fuesen ladinos— quienes se habrían preguntado cómo es que podíamos —y podemos— vivir así, y trabajar así, con la consiguiente fragilidad de nuestros huesos —hipocalcemia— y semiatrofia muscular y cutánea —hipoproteïnemia— y abúlicos —hipoglicemia—, y la ausencia de formaciones tisulares reparadoras —normal el nivel de la fosfatasa alcalina del suero—, a más de nuestra marcada deficiencia funcional del aparato endocrino que remataba en éste hipoevolutismo global con las clásicas manifestaciones anatomo-morfológicas y psíquico-intelectuales que usted ve, al cual, más que a falta de educación, era que debíamos aquella nuestra costumbre de hablar en voz alta, casi a gritos, pues eramos semisordos, así como semiciegos, semianósmicos, etc., excluyendo la fuerza reproductora que la Providencia divina nos la conservó para poder llegar al día de hoy.

“Y este régimen de mestizos que, da fe la historia, fué para el país lo que el aguardiente para nosotros —porque ahora empezaron a darnos aguardiente como de regalo—, nos dolió tanto más cuanto que ellos eran de los nuestros, salidos de nuestra masa y encumbrados, cuando no por sus propias armas que nosotros disparábamos, por el propio voto de nosotros mismos. Porque nos dieron esta obligación más: la de votar —electores impartibus—, para hacernos también títeres, mamarachos, peles, arlequines, fantoches y marionetas, siendo para lo único que

nos tomaban en cuenta estos que no eran políticos, sino politicastro, los que nos empujaban, como el que lleva rebaños al redil, hacia las mesas comiciales en elecciones en donde los candidatos —siempre oficiales y nunca conocidos por nosotros— ganaban en recuentos ajenos a la misma aritmética, pero convirtiéndose en Césares, siquiera por dos meses, al verse dentro del Palacio Nacional, haciendo de sus promesas espejismo y de sus palabras —cuando no habían hablado con la boca de los fusiles— ruido vano, mientras quedábamos a las puertas olvidados y sin pan, sin luz, sin techo y sin rumbo, pues que la comida ya había sido hecha, con la sola recompensa de permitirnos escuchar el fragor de sus comilonas a través de sus bien custodiadas rejas, si es que no llegaban luego a quitarnos de allí con el filo de las bayonetas, debiendo al punto sacudirnos de nuestros pies el lodo que la sangre nuestra había amasado con el polvo de los caminos. Pero necesario es que aclaremos: eran Césares sólo en la apariencia. En lo demás, minúsculos aunque ponzoñosos dictadorzuelos o régulos cuyo arquetipo fué ya estampado por un escritor nacional (Miguel A. Asturias) y quienes como bolcheviques (se llamasen liberales o conservadores, socialistas o republicanos, dictadores o demócratas, izquierdas o derechas, civiles o militares, sin principios, ni doctrinas, ni ideales distintos a los de enriquecerse y avasallar o usurpar) hacían del país entero el feudo que antes habían hecho de su finca los que tenían fincas, y los que no, también, porque el pueblo —analfabeto e ignorante— no sabía exigir respeto, por lo cual no lo merecía, y así lo han entendido sus gobernantes. Era la oligarquía plutocrática en la cual, como ocurre en las burocracias autónomas así llamadas, la capacidad intelectual y moral del colaborador se valoraba según la magnitud de su capital o el grado de servilismo en los que carecían de aquél, pero que no por tener dinero aquéllos perdían la sed del mismo, despotizando a diestra y a siniestra —y siempre resultaba a siniestra— en afán de satisfacerla, sin lograr jamás calmarla. Porque ellos eran también sin alma y sin nada, como ramas del mismo tronco, vacío que llenaban con ruidos y sólo ruidos, dóciles al consejo de Napoleón I: “Una gran

reputación es un gran ruido. Leyes, instituciones, monumentos, naciones, todo pasa, pero el ruido queda y continúa resonando más allá de las edades"... O bien a la máxima del Mein Kampf: "La mentira, entre más grande es, mejor, y entre más repetida es más fácilmente creída". Y así hacían: bombos y platillos no más, con sonido que recordaba los troncos huecos, sin pararse a averiguar qué fin tuvieron dichos consejeros... Es difícil hacer comprender a un norteamericano cómo todo el pueblo de Guatemala estaba tan lejos del conocimiento de la libertad, de la apreciación de la ley o de los derechos de un gobierno cuando raramente pudo ser constitucional, como ustedes entienden tales privilegios. Nunca fué conocida, ni se intentó conocer ninguna otra forma de gobierno que no fuese la despótica. Las reformas políticas eran propiedad de países exóticos; aquí no teníamos derecho para usufructuar de ellas. Para eso era que tejían aquellas cortinas de hierro en las fronteras a través de las cuales no se filtraba ni el aire, como para poderse decir que ni la hoja del árbol se movía sin la voluntad del tirano, tal como se acostumbraba en nuestras comunidades primitivas, pero en las que había, en cambio, otras virtudes compensadoras que aquí no se conocían; y de esta manera podía evolucionar todo lo que estaba del otro lado, pero nada de éste. Y piense usted lo fácil que les habría sido, siendo tan autócratas, haber hecho prodigios y maravillas del país, si éstas no hubieran sido dictaduras retrógradas, e inconscientes como de cafres, cuya única preocupación eran sus propios intereses y la práctica del más descarado nepotismo. Y al interesarse por algún aspecto del país y merecer el apodo de "buen presidente", ese interés no iba más allá de la superficie, es decir, del aspecto físico, como cuando obligaba al trabajador a mantener lustrosa la epidermis de los pueblos y de las caminos, pero sin remuneración alguna, o mandándolo a la cárcel si reclamaba remuneración, lo que resultaba como imitar a la cocinera que se pone ropa limpia sin haberse bañado en un mes o dos. Gobernantes fariseos que podían hasta exigir probidad en los demás, siendo ellos mismos pantagruélicos. Réculos farsantes que querían olvidar que el puesto se lo debían

a las armas, a objeto de creerse predestinados para esclavizar. Y no era otra la conducta de los cesaritos, o sea la de los parientes y amigos de César, incluso la de los gobernadores departamentales y hasta de los alcalduchos de aldeas, enfants terribles que al recibir el puesto —lo recibían como quien recibe un feudo—, encarnaban los prototipos imaginados por el autor de Fausto o de Hamlet, sólo que nosotros no hallábamos ninguna diversión con ellos. Y a esto llamaban política, con pretensiones de reunir las cualidades de la definida por Wilson: "Política es la ciencia del progreso ordenado de la sociedad", porque ni siquiera había sociedad qué respetar, ni opinión pública que escuchar. Por eso, se cambiaban las leyes como se cambian de camisa los ricos —no nosotros, que no teníamos repuesto—, pues por no ser leyes de naturaleza, acababan por anularse a sí mismas, así como la república vivía violando su propia legalidad, de suerte que nunca se sabía a cuál ley atenerse. Y tanto las nuevas como las viejas leyes, por ser todas cortadas bajo el mismo patrón y hasta por las mismas tijeras, insistían igualmente en que el hombre es hecho para las intituciones. Y a esto llamaban también democracia, y civilización, y cultura... Y para colmo de males, o mejor del ridículo, había también Césares sin poder político ni respaldo oficial, y eran los que se burlaban del filósofo que dijo: "Mi reino no es lo que poseo, sino lo que soy", dado que la adquisición o la mera posibilidad de adquirir dinero (finca) o cualquier título académico él mismo o bien un su pariente, era bastante para perderse la naturaleza humana, ya no sólo la "india", y ganarse la divina para venir ser eje, ombligo y centro, y dios por si le falta —¡ecce deus!—, cuando los dioses no son sin alma o son meros fetiches. Que tal sucede al que ignora que el error y la verdad son siempre vecinos, que del Paraíso al Gehena no hay más que un paso, y que la sabiduría y la idiotéz difieren sólo en grado. Por eso es que también suelen enorgullecerse de su pueblo natal, al que llaman "parcela patria". (Y conste que en los últimos días valía la pena un enorgullecimiento así, sobre todo si ganaba en los concursos de ditirambos que en cada pueblo tenía lugar durante la fiestas patro-

nales, porque entonces el vencedor era llamado “hijo predilecto, benefactor”, etc., de ese pueblo, distinción que implica el diploma y la moneda de oro, amén de un baile especial). Decimos, pues, que se enorgullecen de su “parcela patria” sólo porque el gobierno —no ellos— pudo una vez mejorarlo, superficialmente se entiende, al dotarlo de un edificio o de un parque nuevo, o al asfaltarle una calle, y mirando con desdén y hasta con mofa al pueblo vecino que no había podido darse el lujo de gastarse la misma intriga. “Las calles de mi pueblo —dicen hinchados, creyendo de veras que el pueblo es de ellos—, las calles de mi pueblo después de llover secan más pronto que las de los otros”. ¿No es esto mismo lo que se ve entre las comadres de barrio, las que una vez a la semana (los sábados) barren el trecho de calle frente a su casa, pero sólo medio trecho, es decir, la parte que les queda más próxima, y luego se ríe de la vecina de enfrente que tiene aún su parte sin barrer, como si no fuese la misma calle para las dos? Y, exactamente como dichas comadres, suponían que la cultura de un pueblo o de una ciudad dependía de la modernidad de sus estadios de deporte y no de la existencia o la eficacia de los servicios públicos; o del arreglo de sus parques y paseos y no de la eficacia de sus escuelas. Y aunque el enfatuismo (megalomanía psico-pática) es cosa corriente ya en todas partes y el cual resulta de llenar con humo sus vacíos espirituales, pero aquí éste era más que un simple humo: era como gas de mostaza, por cuya razón al elevarse como globos agredían a la vez, como dicen que ocurría en la Europa medieval, debido a que nadie había leído en la epístola a los Romanos el versículo que dice: “No te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a tí”... (Y se preguntó, como monologando consigo mismo): —¿Por qué será que los ricos desprecian a los pobres? ¿No comprenderán que si ellos son ricos es porque hay pobres? ¿Será posible que ignoren que, como en los sube-y-bajas infantiles, siempre la riqueza de cualquiera estuvo basada en la miseria de alguien, pudiendo ese alguien ser indígena o ladino, alemán o chapín?, aunque más frecuentemente era indígena. Pero es

que en ellos —continuó— se acumulaba, agravándose mutuamente, la acción de dos males distintos, aun cuando en el fondo tal vez fuera más exacto decir que eran dos manifestaciones de un mismo mal; y eran o son: primero, el espíritu esclavista que los animaba, el que les exigía tomar la norma correspondiente: arrogantes, duros, petulantes, ingratos, como encerrados en castillos almenados (el retorno a la megalomanía infantil), con los puentes levadizos en alto y los fosos llenos de gua. A esto se debía, en parte, su angustia al hallarse en el extranjero, en donde tenían que renunciar a tal castillo, a tal norma, para conducirse como cualquier mortal, de suerte que siempre resultaban mejores en el exterior, como pasa con nuestro café, que es el mejor si lo toman fuera del país; pero, por otro lado, tal renunciación les hacía sentirse los más débiles y miserables, ya que se quedaban solos con su complejo de inferioridad. Era entonces que se apresuraban a regresar a la patria, aun en los casos en que debían verse ajusticiados al volver por algún delito cometido antes, porque aun tras las rejas de la prisión, en estando en el país podían recobrar los castillos almenados, la norma de feudelistas, aunque nunca hubiesen tenido feudos ni nada. La segunda manifestación de su enfermedad es la llamada en inglés "social climbing" o "keeping up with the Joneses", y que nosotros llamaríamos "igualado, balandrón, oropelero", etc., y que se caracteriza porque el paciente ajusta sus gastos no a su modesto salario, sino al salario de Mr. and Mrs. Jones, lo que tarde o temprano lo lleva a la bancarrota y hasta al crimen; lo peor de esto es que dicha víctima no reconoce sus síntomas, y los niega enfáticamente si se lo mencionan, para seguir en su objetivo de demostrar a los Joneses que él vale tanto o más que ellos, o que gana tanto o más que ellos. Lo curioso y original era, en nuestro medio, que ya últimamente no sólo el hombre de la calle padecía dicho mal, sino también los mismos del gobierno, siendo en este caso "Mr. Jones" un país más o menos vecino. ¿Pero no es verdad que vale más la personalidad propia que cualquiera otra prestada? Pues si se dijo: "Qui nescit dissimulare, nescit regnare", también se dice que: "La hipocresía es el home-

naje que el vicio rinde a la virtud". Pero nada de esto pudo nunca decirseles porque era atraerse sobre uno el rayo implacable de sus olimpos o la "espada gaseosa" de su inquisitorial autosuficiencia con el "divino derecho de reyes" —Pontifex Maximus— que tenían, olvidando de intento que alguien dijo: "Bienaventurados los pobres y los mansos de corazón, porque de ellos es el reino de la verdad". Pero ¡qué!, ¿acaso existía la verdad fuera de ellos?...

"No se niega que, entre los hombres, es necesario la división de la sociedad en dos partes opuestas o de polaridades contrarias, no sólo para su propia cohesión, que también para la propulsión de su progreso que nace de la sana competencia entre las actividades de ambas partes, de modo que aquella separación es sólo teórica: en la práctica constituyen un todo lo que se llama nación; pero la nuestra, como hemos dicho, no era sociedad, como no puede serlo la basada en la concepción monstruosa de Nietzsche, según la cual la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos. De ahí que ésta era aquí sustituida por un estado insocial en el que nadie consideraba a nadie; un estado que los llamados a ello no han querido o no han podido analizar acuciosa y concienzudamente, pese a ser tan notorio, por llevar en sus ojos la venda de la ignorancia o el cristal ahumado de sus prejuicios, dado que la división que presentaba dicho estado era absolutamente extremada en la práctica misma: en tanto en una parte, que era menos que minoría, imperaba el espíritu esclavista y la ambición desenfrenada de los privilegiados, los elegidos o los predestinados que, por no haber ya tierras que quitarnos, giraban eternamente en torno al presupuesto nacional como los terneros en torno de la ubre; yacían en la otra parte, la mayoría dejada de la mano de Dios, las mudas protestas y justos rencores de los que lógica y razonablemente vivían inclinados a la rebelión, como la aguja imanada se inclina perpetuamente al norte. Era, pues, una sociedad en la cual el ladino decía: "Yo o el indio. Sí o no". Que en ninguna otra parte hubo tanta diferencia entre el rico y el pobre —que se agravaba si ese pobre vestía como nosotros— y tanta desproporción entre

riqueza y miseria, lo cual se comprueba con sólo mirar el índice alcohólico del pueblo, excepcionalmente alto. De aquí que teníamos que ser más que contrarios: éramos antagonistas de alma, vida y corazón por ocupar mundos opuestos: ellos eran los patricios, y nosotros éramos los plebeyos colocados fuera del sistema político, del sistema educativo, del sistema sanitario y de todos los sistemas; ellos eran la espuma, nosotros el légamo; ellos lo tenían todo, nosotros nada; ellos eran el tallo, la raíz nosotros; ellos estaban sentados a la diesta del sol o eran Tonatiúh, nosotros éramos lombrices embutidos en el fango. Éramos tan opuestos, que si alguno trataba de mejorar al indígena debía forzosamente que rebajar al ladino; tan opuestos, que en cada pueblo y en la época de la Semana Santa, los ladinos tenía un programa de procesiones religiosas y los indígenas otro; es decir, aún dentro de la misma religión, dentro de la misma iglesia y de las mismas ceremonias, seguía manifestándose tal antagonismo. Por eso, el bien de ellos era nuestro daño; su prosperidad, nuestra desgracia; su éxito en cualquier aspecto de la vida era nuestro fracaso, porque, a la inversa de Saturno que devoraba a sus hijos, aquí eran los hijos los que devoraban a sus padres. Para ellos la libertad y el placer, para nosotros el valle de lágrimas: duelo, hambre y desaliento, desaliento tanto que ya dudábamos de la sempiterna bondad y merced de Dios, aunque en el fondo no éramos ni siquiera antagónicos: éramos nada, como no existentes: el cero que habían inventado nuestros antepasados, que si en verdad hubiesen sido dueños del sol, jamás, como no fuera en sueños, habríamos visto la luz de la mañana. Y si en otras partes podía decirse: "Todo los hombres han sido creados iguales ante Dios", aquí se decía: "Todos los hombres han sido creados iguales ante Dios, excepto los indios". ¿No dijo Lenín, pues, que "cuanto se diga acerca de la igualdad carece de sentido?..." Y si el Salmista dijo: "Yo alzaré mis ojos arriba de las colinas desde donde vendrá mi ayuda", nosotros, a la mortecina luz de las candelas, puestos de rodillas clamábamos:

"¡Oh tú, Corazón del Cielo, Espíritu de la Tierra!
¡Tú, dador de las riquezas de la tierra y del mar!: vuel-

ve hacia acá tus ojos porque todo se lo diste a ellos y nada a nosotros. Concédenos algo siquiera, siquiera a nuestras hijas y a nuestros hijos. Que se les seque el lodo bajo sus pies; que se les allane el camino en las bajadas como en las subidas; que no les falte el maíz como nos falta a nosotros; que no les sobre el licor como nos sobra a nosotros; que tengan siquiera un rayito del sol que tú hiciste y que nosotros no vemos. ¡Oh, Señor Dios: acuérdate de nosotros, que somos también tuyos; recibe nuestras plegarias y danos salud y prosperidad, o siquiera paciencia para seguir aguantando nuestro infortunio en las bajadas como en las subidas, y en el lodo en que ellos nos hacen vivir, ¡oh, Señor Dios!...”

Sus ojos se le habían humedecido, y pronto pasó un pañuelo blanco por ellos. Por mi parte, y a pesar de la turbiedad húmeda que afectó también a mis ojos, empecé a ver más claro y a comprender la razón de muchas cosas. Guardó él su pañuelo y continuó con voz todavía doliente:

—Al cabo, cansados de esperar cambio alguno, acabamos por alcanzar la paciencia que necesitábamos para seguir pasando, que no era la paciencia del Islamismo ni ninguna otra religiosa, sino la sumisión de la res entre uno y otro sábado, acostumbrándonos a vivir despreciados e injuriados, escarnecidos y azotados como el Cristo mismo que nos habían enseñado a adorar, a cambio de un jornal que era prácticamente nada; a vivir sometidos a una burocracia explotadora que, como aquella otra de los Soviets, no hacía el menor caso de ninguno de nuestros derechos; a convencernos nosotros mismos, a fuerza de oírsele a ellos, que no valíamos nada ni teníamos derecho a nada, como legítimas parias; a asistir a nuestras hijas seducidas por ellos y abandonadas después; a vernos mantenidos en el más profundo oscurantismo y en los mayores vicios, sin dejarnos salir de azotes y galeras, porque así nos dejábamos explotar mejor hasta servirles de carne de sus cañones en sus fratricidas luchas de ambición sin tregua; a ser incriminados de todo lo peor que aconteciese en el país, como fatales pagotes, cuando si algo malo hicimos se debió a la demagogia de ellos mismos;

a trabajar y ganar el pan con sudor de sangre, para verlo desaparecer después tras el gajnate de los mismos, dejándonos recoger tan sólo las migas que disputábamos a sus perros; a recibir aguardiente en vez de medicinas, y ser llevados a las tabernas antes que a los hospitales; a ser unas veces soldados, otras electores, y siempre mártires; a vivir colgados del ojo, como sartenes, y, en fin, a ser considerados apenas como "cosa útil" y hasta como cosa inútil o estorbosa. Porque nos despreciaban igual que a los intocables en la antigua India o que a los judíos en la Alemania de Hitler, y sólo faltó, como se estilaba con los leprosos de antaño, o como nosotros hacíamos con nuestras ovejas en tiempos pasados, que nos pusieran campanillas para señalarles nuestra proximidad y pudiesen ellos cambiar de calle, lo cual no hicieron no porque les molestase menos el encontrarnos, sino porque éramos y somos tantos que al fin se habrían quedado sin calles ni caminos (ni comida), y viéndose forzados a buscarse un par de alas para pasar por arriba; pero, ¡ala!, ¿dónde alas?... Y todo esto nos sumergía más y más en nuestro bastardeo y en aquel fatalismo de tipo oriental: "Que venga lo que tenga que venir; nos nos preocupemos mientras tanto". Y no nos preocupábamos ni cuando mirábamos que lo que nosotros perdíamos en desilusión, si es que aún nos quedaba ilusión qué perder, ellos lo ganaban en infatuación y petulancia, convencidos de la superioridad de sus principios, métodos y sistemas, y decididos por consiguiente a conservarlos contra viento y marea — aunque el viento siempre les soplabá en popa y fué siempre alta la marea—, ya que no podían sentirse bien de otra manera. No querían tomar en cuenta que a pesar de nuestra desigual condición —desigualdad debida a ellos mismos—, éramos también como ellos, hechos a imagen y semejanza del ideal de la conciencia de Dios; que, aunque no lo creyesen, éramos iguales en el derecho de comer el pan que ganábamos con nuestro humilde trabajo, en el derecho de vivir, y vivir libres, de perseguir la felicidad y de ser respetados; que éramos iguales ante la misma Constitución Política del país, la que daba el mismo valor a nuestros votos que a los de ellos, porque éramos también

hombres venidos de un mismo padre: Adán, y con un mismo fin: la muerte. Y, además, la biología ha confirmado que con una misma sangre hizo Dios a todos los hombres. ¿Por qué entonces la viciada conducta de dar a César hasta lo que no es de César, y nada a Dios ni a los pobres? ¿Por qué ese empeño en seguir violando la Regla de Oro y los más elementales principios de humanidad? Y pensar que entonces ni siquiera nos quedaba el consuelo de hablar así, o de preguntar así, porque no consentían el mínimo reproche, y menos todavía los desertados por último de nuestras filas, o sean los recientemente aladinados. Sin embargo, todos querían que fuésemos buenos y dadivosos con ellos, más buenos y dadivosos de lo que innegablemente éramos, y que luego nos adaptáramos a la "civilización", esto es, a sus principios y sistemas de que hemos hablado, al par que paradójicamente trataban hasta de retenernos los míseros jornales que honradamente habíamos ganado, no obstante que éstos nunca se quedaban con nosotros, sino que se iban de paso a las arcas nacionales —y por ende al bolsillo de ellos— al comprar el aguardiente oficial que consumíamos a grandes dosis, del mismo modo que fumábamos desde que podíamos distinguir en el cigarro el extremo encendido del otro, para no quemarnos. Lo que pretendían, pues, era que además de amolados nos mostrásemos agradecidos. Pero, ¿era posible tal cosa? Ciertamente que podíamos acatar sus leyes y obedecer sus órdenes por no haber otra alternativa, hasta darles nuestra carne y nuestros huesos para bien o para mal; pero en cambio debía ser una locura esperar que hiciéramos lo mismo con nuestro corazón, o sea nuestra espontánea voluntad, seguramente porque con ser tan animales no lográbamos aprender —y era tan fácil aprender con ellos!— a ser como el sándalo, que perfuma el hacha que lo raja. Mas ellos cerraban los ojos, y se bebían el agua sin mirar la fuente, negándose a ver la crasa contradicción que había entre la estructura social que mantenían y las formas de organización y de vida de los pueblos civilizados del mundo, por no haber ahora, como no hubo ni al principio, más sed que la del oro, ¡divino oro, alfa y omega de la felicidad humana!... Y aga-

chábamos la cabeza, conformándonos a vivir siquiera del aire, el que buscábamos en la dirección que soprase, y que también era impuro, envenenado por el desprecio y la malquerencia de la burguesía ladina, viendo cómo se extinguía en nosotros, con la personalidad, todos los valores que diferencian al hombre del bruto, hasta caer en un profundo silencio que ellos se gozaban en llamar hermetismo y el cual ya no obedecía a motivos de tradición ni a que supiéramos algo —Esfinge sin secretos—, ni era siquiera a modo de protesta, sino que obedecía a la extinción de todas las energías: era el silencio de las almas muertas... Y ya no nos quedó otra cosa que ser ciegos obedientes a la ley del menor esfuerzo, perdido como habíamos la memoria de todo lo pasado, incluso de nuestras glorias cuyo recuerdo nos había exasperado, y olvidado el raciocinio, que nos habría aumentado las penas al permitirnos medios de comparación entre los hombres y nosotros, y olvidado, en fin, hasta el modo de pensar. Porque nosotros sólo sentíamos, sentíamos, sentíamos; sólo Dios tenía el derecho de pensar, y, como un privilegio, los ladinos. Y todo ésto debió ser causa y efecto, principio y fin de aquella nuestra degeneración que fué integral, hasta ya no permitarnos establecer diferencias entre una tortilla caliente puesta sobre la mesa y sus migas caídas en el suelo. Verdad es que seguíamos viviendo en comunidades así llamadas los pocos que podíamos pasarnos fuera de las fincas o feudos, por cierto que en reducidas cuerdas de tierras arenosas de 20 a 30 varas por lado, que raras veces llegaban a diez (20 cuerdas de 20 varas hacen una manzana), e inclinadas por estar en las vertientes de los cerros, y que interrumpían además barrancos y zanjones en su afán de hacerse despreciable para nuestros amos, aunque nunca para nosotros que las cultivábamos aun con riesgo de rodar al abismo; pero en tales sociedades ya no teníamos objetivo ni finalidad alguna, exceptuando nuestra terquedad en seguir viviendo, o en no acabar de morir, como las raíces del árbol se aferran a la roca, habiendo desaparecido entre nosotros la unidad, así como la admirable cooperación de antes. Ahora cada uno trabaja para su propio provecho, cuando trabaja, pues ya no ha-

bía ningún entusiasmo en ello tanto por las razones dichas cuanto por la nefasta influencia de los estancos o tabernas y nuestra consentida o mejor forzada ignorancia, que hicieron de aquellas comunidades vulgares aquellares, pues ¿cuándo los esclavos organizaron naciones? Y, desde luego puede usted ver cómo mienten los que afirman que hasta hoy hemos conservado en estado de pureza nuestras originales prácticas y costumbres, mentira tanto más dolorosa cuanto que eso equivale a dar por cierto que siempre, o sea desde antes de la conquista, hemos sido lo pecador y desgraciado que hoy somos, con lo cual sólo se logra ultrajar la memoria de nuestros antepasados. No. Nada en nosotros permanece ya puro. Todo, incluso lenguas, vestiduras y música, yace adulterado; y aquellas agrupaciones son ahora constituidas más bien por instinto y costumbre —inercia— que por la razón; ya no por interés de mutua ayuda, sino sólo porque entre nosotros nadie se afrenta de nadie; era sociedad no ya con los hombres, sino y exclusivamente con la tierra. Por eso, a veces ni enterrábamos a nuestros muertos. Y ¿cómo moríamos, Dios mío! No menos uno de cada 50, esto es, la mitad de los que nacían en el país. (Fuente: Boletín oficial de la Dirección General de Estadística, año de 1948). Y esto que moríamos de muerte natural, rara vez de accidente, si bien aquélla nunca resultaba tan natural porque, al envenenarnos la mente por el maltrato que nos daban, nos hacían enfermos mentales y forzosamente envejecíamos y moríamos luego. Podíamos, pues, sentirnos ya todos muertos y enterrados; pues, ¿qué cadáver pudo tener menos vida que nosotros? Apenas esos chuchos flacos que nos acompañaban y compartían nuestra hambre, cuya amistad era la única con que contábamos y que, no obstante, frecuentemente los veíamos morir envenenados por las autoridades, dando por razón que eran sucios y enfermos. Pero ¿podía esperarse que tuviéramos perros mejores? ¿Y podía esperarse también que, aparte los chuchos, encontráramos otra clase de amigos? Pero estaba escrito: ni siquiera nuestros perros podían abrir la boca libremente; y morían tanto como nosotros. Suerte que podíamos reponer con creces a éstos nuestros muertos,

más cuando se trataba de nuestros hijos, pues a ello todos contribuíamos con verdadero afán, o mejor, con verdadera unción, contrario a lo que se ve entre los civilizados que en su mayoría han de casarse para tener hijos, enlaces que, por otra parte, suelen verse obstaculizados por la estrechez económica del varón, su lucha de subsistencia, etc., pero que es compensado con el bajo índice de mortalidad que se ve entre ellos: uno de cada 100 ó de cada 200. Aquí todos éramos padres de familia, y desde muy temprana edad, celosos de que la muerte llegase antes, porque ya nuestra existencia no tenía otro objeto que ese: engendrar hijos y después morir, como acontece entre los insectos... Y todo en nosotros degeneró. No sólo nuestros bellísimos telares que uno a uno fueron desapareciendo, y siendo cada vez más burdos nuestros tejidos, que también nuestra maravillosa cerámica y alfarería, artes en las cuales fuimos superiores a los egipcios y asirios, y cuya influencia en América fué semejante a la del arte griego en Europa, según tratadistas extranjeros; así también degeneraron nuestros cultivos de hortalizas y frutales, trigales y milpas, porque la tierra misma, igualmente cansada de explotación y quemas, ya era barbecho; y por último, también nuestros hijos, que en cada nueva generación traían una pulgada menos de estatura. Pero ¿a quién le importaba todo eso?, si ni nos exigían certificados médicos prenupciales a los pocos que contraíamos matrimonio, como lo exigían entre ellos, descendencia nuestra que habrían evitado de haber ellos podido avenirse a pasar sin siervos, es decir, sin los huevos de la gallina que los ponía de poco menos que de oro, y que hacía contraste con los cuidados y mimos con que criaban sus perros y ganados. Porque, ciertamente, casi ya no había matrimonio entre nosotros, no siendo los nuestros sino acercamientos temporales, raras veces constituyendo hogares estables (*contubernium*), y dejando a un lado la estimación proverbial en que tuvimos siempre a la mujer para no morir más que el interés egoísta, material e instintivo, no obstante de merecer ella el más grande monumento que a mortal alguno pudo deparársele por su resignación en llenarse de hijos, tantos cuanto Dios mandase, pese a su mi-

seria fisiológica y a su carencia absoluta de medios para vivir que hasta le impedía reponerse de la sangre perdida en cada parto, en vez de abandonarlos en la jungla, o de arrojarlos al río, o de untarse tabaco en el pezón, o de ahogarlos en la medida en que nacían como correspondía a sus miserias actuales y a las que estaban destinadas fatalmente a ese niño. Y por este sentido heroico de su maternidad, ellas al menos seguían siendo humanas. En lo demás, nuestras otras virtudes o profundos sentimientos de lealtad, amor, optimismo, estoicidad, honor, patriotismo, gloria, altruismo, hospitalidad, entusiasmo, y hasta la fe en nosotros mismos, habiéndonos hecho hasta incapaces para la comprensión de los significados abstractos por la reducción progresiva de nuestros poderes intelectuales y de conciencia, y de todos los otros factores básicos de la personalidad, hasta corresponder finalmente a una edad mental de 12 a 15 años, habían sido sustituidos por sus opuestos o vicios. Por eso, los Cristos y demás imágenes que para nuestras iglesias labrábamos en madera, como fruto que eran del estudio de la vida, de nuestras propias vidas degeneradas tanto, resultaban tristes figuras, flacos y contrahechos, que ni siquiera inspiraban el horror y el espanto de nuestros primitivos ídolos por ser, como nosotros mismos, inconscientes y sin personalidad —pues ¿quién da lo que no tiene?— y a lo cual debíamos la pérdida de aquellos sentimientos, y no que fuese debido como afirman los materialistas groseros, al mero despojo de nuestros bienes económicos, como si las virtudes fuesen expresión del interés; pues, como hemos dicho, habíamos perdido el corazón, arrancado por el trato despiadado que nos daban y en lapso de siglos, sin permitirsenos externar la menor protesta, haciendo humanamente imposible la supervivencia de tales sentimientos y hasta de la misma conciencia. Y en aquellos aquelarres llamados también comunidades se abandonó la tradicional costumbre de pedir a los padres la mano de la novia llevando como prueba de hombría la clásica carga de leña, para efectuar después el pago compensatorio, o sea la dote, que en satisfaciendo a los suegros quedaba él aceptado como yerno; o bien aquella otra del acecho en despoblado de la

pretendida, cuando pasaba con su cántaro al río, al que trataba de hacerle botar a viva fuerza y que al conseguirlo quedaban de hecho casados, reemplazándolo ahora por los simples y felinos acechos en el monte, aunque no fuese ella al río ni llevase cántaros, y alejándose después cada uno por su lado, o teniendo ella que sufrir en su mejilla la fiera impresión de un mordisco cuya cicatriz pregonaba que ella era mujer casada, marca que jamás se hizo sin dolor; pero, ¿acaso dolía menos la otra que llevábamos impresa en la merá alma y con hierro candente? Sin embargo, (y aquí su voz se hizo grave), no debe darse fe a ciertos pseudo-sociólogos que valientemente han afirmado que también carecíamos de punto de honor en nuestras relaciones conyugales, cuando éste sí que jamás nos faltó ni en los simples amancebamientos, dado que nunca aceptamos la poliandría, pues era la mujer y los hijos nuestro único patrimonio, como lo era entre los romanos en el principio de su Imperio, y cuya falta de fidelidad la castigábamos en cualquier forma, aunque sin llegar al crimen, porque no éramos libres ni locos; faltas que por suerte eran raras, porque su misma ignorancia les vedaba apreciar el dinero con que se compran las honras de las alfabetas. Y al decir que no eran los hijos nuestro patrimonio es porque éstos en su mayoría irremediablemente morían tiernos, y los pocos que se lograban eran más bien pertenencia del patrón en cuyo feudo habían nacido.

Guardó un instante silencio, con la frente anublada y la mirada baja. A ojos vistas, no era por cansancio, sino por la tristeza del recuerdo; silencio que aproveché para preguntarle antes que siguiera su interesante historia:

—¡Cuán doloroso es todo eso! Ciertamente que la realidad resulta peor que toda idea que uno pueda haberse formado previamente. Pero déjeme que le pregunte ahora si se resintió en igual grado, entre los que aún tenían qué vender, aquel vuestro sentido comercial que he oído decir era excelente. ¿Estarán equivocados también los que así aseguran?

Su respuesta me desconcertó un poco al empezar diciéndome:

—Para ustedes los norteamericanos lo más importante siempre fueron las negociaciones, según cuentan algunos libros que he leído por ahí. Pero tenga usted la seguridad de que sí están equivocados los que hacen aquella afirmación, pues no hubo excepción en nuestra involución que, como ya apuntamos, fué total, siendo nuestras labores cada vez más infantiles y de lo cual, por cierto, ellos eran los primeros en aprovecharse. Y nuestros productos dejaron de ser intercambiados para ser simplemente vendidos entre unas comunidades y otras, donde había comunidades, como primera fase en nuestras transacciones, pues en definitiva eran los señores ladinos quienes compraban, siendo las comunidades de una zona meras intermediarias entre los ladinos de esa zona y las comunidades de otras; porque nosotros hacíamos poca consumación de dichos productos, menos porque no nos hiciera falta —vendíamos hasta el último rábano y hasta la última estera— que por habernos habituado a vivir así del aire (y en esto tampoco exageramos, pues habituados a no comer, éramos más fácilmente comprados con un octavo de aguardiente que con dos platos de lentejas), ingiriendo con los alimentos unas 1200 calorías en el día, cuando mejor nos iba, o sean las calorías que requiere un niño de dos años, en vez de las 3500 que por lo menos necesitábamos por nuestra actividad y porque la mayoría vivíamos en tierras altas y frías. En aquellas transacciones regía la ley de la oferta y la demanda, es decir, según la necesidad que sentían aquellos señores, sin tomar en cuenta ni ellos ni nosotros el sudor que derramábamos o las energías que gastábamos, porque, en fin de cuentas, éramos más bien comerciantes platónicos, dándonos por satisfechos con sabernos mercaderes, ya que esto para nosotros significaba tanto como la profesión de sacerdote o la de guerrero. Y aquella fluctuación en los precios, según fuese abundante o escaso un producto en una plaza determinada, estaba en oposición al costo del mismo que resultaba más o menos fijo por depender nuestra industria exclusivamente del suelo: desde la horticultura y cerámica hasta las telas de lana que tejíamos, pues también las ovejas que trasquilábamos se mantenían solas con los yerbajos que

podían aprovechar, siendo a veces las ganancias más pobres que otras; pero esto, en parte, lo remediábamos yendo a vender a otros lugares donde escaseara lo que aquí abundaba, llevando las cargas a nuestras espaldas y a través de montañas, ya por caminos escarpados, entre zarzas y espinas de ixcanales, ya por el polvo o el fango de las carreteras; porque muy pocos, si alguno, eran los pueblos que tenían vida propia: generalmente, si tenían frijol no tenían maíz, y éramos nosotros los que le proveíamos de lo que carecía. Lo que sí nos atrasaba en el asunto de las cosechas eran los malos inviernos o las heladas, lo cual podíamos también subsanar siguiendo los consejos de nuestros astrólogos —Ah Kih—, a menos que, y esto era lo frecuente, no consiguiéramos tierras en las zonas recomendadas, viniendo entonces a sembrar donde se pudiese, o a comerciar con leña o con cualquiera otra cosa, que la ganancia siempre era la misma: el inagotable octavo de aguardiente que nos daba las calorías que nos faltaban y que por nuestra profunda avitaminosis era suficiente para embriagarnos, y, ¡costaba tan poco!: costaba apenas lo que un día de trabajo, o sea 20 centavos, y que, dicho sea de paso, era lo único que podíamos comprar libremente. Además de muebles, construíamos también toscos instrumentos de música, desde marimbas de tecomate hasta arpas y violines, pero de los cuales podía decirse con el poeta:

“Mas ay!, que en tal violín fué el llanto queja,
y fué la queja destemplado grito!...”

porque hasta nuestra música había degenerado.

“Ni que decir que en dichas transacciones no había ni podía haber ningún otro sentimiento distinto al egoísmo, esto es, el más práctico y rígido sentido comercial, lo cual no era debido a la evolución de la especie, como lo afirmaba ridículamente un alto personaje del recién creado Instituto Indigenista así llamado, sino a la pérdida referida de los valores morales que nos hacía impersonales hasta en las más íntimas relaciones sociales. La esencia del matrimonio, por ejemplo, entre los pocos que aún conservábamos la tradición, lo constituía el pago de la dote exigida por los futuros suegros; y si éstos o ella desistían por alguna razón del compromiso, con devolver honorablemen-

te esa dote recibida estaba todo, y todos se lavaban las manos. A esta misma impersonalidad —y cese ya de llamarse evolución—, al lado del complejo de inferioridad o del miedo que nos ataba a nuestra desgraciada posición o nos hacía retroceder, se debía el que fuésemos tan obedientes a las leyes y fallos de los jueces y autoridades burócratas, pues bastaba la amenaza de ser multados en cualquier cantidad para apresurarnos a satisfacer todos sus caprichos, incluso los relacionados con nuestros asuntos conyugales. Algunos, como los mismos del Instituto Indigenista, han pretendido paradójicamente (no hay que olvidar que entre ellos todo era paradojismo, unas veces por ignorancia y casi siempre tendencioso, pues trataban de coordinar todas las piezas con el fin de hacerse creer que el país era igual o mejor que el de Mr. Jones), pretendían, decíamos, excusar esta impersonal conducta equiparándola con la de otros pueblos tenidos por civilizados, que demostraban ser igualmente impersonales; excusa que resultaba sumamente débil, pues si en tales países el porcentaje de divorcios es de más de dos por cada tres matrimonios (los sociólogos norteamericanos han predicho que para 1960, del 30 al 60 por ciento de los matrimonios terminarán en el divorcio. Para el año 2000, ¿cómo será?), y los propietarios se niegan a alquilar sus casas a familias con niños; si en tales países se exhibe orgullosamente en un museo nacional el avión Enola Gay por haber tenido el mérito de reducir a cenizas la población civil de una enorme ciudad oriental, y la delincuencia juvenil se halla en primer término; si en tal país el tráfico de los estupefacientes va en aumento y los niños se compran y se venden como cualquier cosa, no puede ser la de ellos una civilización modelo.

Al oírle esta última afirmación —porque las anteriores, por ser bien conocidas, no me sorprendieron—, no pude contenerme, y le interrumpí para preguntarle:

—¿Dijo usted que en mi tierra los niños se venden?
¿Cómo así?

El respondió con mucha calma:

—Ciertamente, y es pública su venta. Niños que se venden por 500, por 1.000 o por 5.000 dólares, según sean

feos o bonitos, blancos o morenos, por medio de aquellas agencias llamadas sociales o de adopción, adoption agency, en las que para disimular su crimen —no olvide que es el siglo de las luces y las máscaras— dos cosas aparentemente contradictorias, pero que no son sino complementarias, como el día y la noche —que para disimular su crimen han puesto al frente de tal agencia un brillante conjunto de “cientificistas”: pediatras, psicólogos, enfermeras y supervisores, médicos, sociólogos y hasta reverendos ministros de Cristo, conjunto encargado de hacer las entregas de los niños que cuidan, previa “selección”, a los pretensores padres, para lo cual perciben espléndidos salarios. Pero ¿qué clase de selección es la que hacen? Cuando fueron engendrados esos niños, ¿no fueron ya seleccionados ellos para sus padres y sus padres para ellos? ¿Pretenderán aquellos científicos tener mayor previsión y ciencia que la misma naturaleza? Y se les oye decir con todo descaro, quizá con el fin de adquirir más niños y ampliar indefinidamente el negocio, que estos niños vendidos así tienen la ventaja, sobre los otros niños, de ser sus “padres” garantizadamente sanos mental, física, y lo que es más importante, económicamente, dado que ese niño nació de padres pobres que pudieron además estar enfermos, lo cual fué una pifia de la naturaleza. Y helos aquí enderezando entuertos, con todo el papeleo de las burocracias... Posible es que puedan contarse de muchos niños que alcanzaron relativa felicidad en estos improvisados hogares, y tal vez hasta mayor bienestar del que habrían encontrado en el propio. Pero, al lado de éstos, ¡cuántos alcanzaron lo contrario y fueron desgraciados de verdad! Y con la cuenta de un solo niño que haya tenido tal fin es suficiente para demostrarse el crimen de ese tráfico de vidas humanas; crimen que se intensifica al considerar que la mayoría de estos hogares compradores de “hijos” pertenecen a mujeres que no pudieron ser naturalmente madres por haberse sometido antes a ciertas operaciones quirúrgicas que las habilitó para dedicarse a los hombres sin el peligro del estorbo embarazo y de lo cual ni siquiera tienen el justo castigo del arrepentimiento, porque el día que se les antoja, en teniendo el dinero